TANTO VALES
CUANTO TIENES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. ANGEL DE SAAVEDRA,

Duque de Rivas.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

DON BLAS, *rico negociante venido de Lima.*
DON ALBERTO, *su hermano.*
D.ª RUFINA, *su hermana.*
DON MIGUEL, *capitan de caballeria, su primo.*
DOÑA PAQUITA, *hija de doña Rufina.*
DON JUAN, *amante de doña Paquita.*
DON SIMEON, *viejo usurero.*
PASCUAL, *criado.*
ANA, *criada.*
PERICO, FACO, *mozos que vienen á servir de lacayos.*
UN EBANISTA.
DOS MANDADEROS *que no hablan.*

La escena es en Sevilla en casa de doña Rufina.

La decoracion es inmutable, y representa una sala de una casa particular (del cuarto destinado para don Blas); á la izquierda tres puertas; (la primera que comunica con lo interior de la casa, la segunda al aposento de don Alberto, la tercera á los de doña Rufina y doña Paquita) y á la derecha otra puerta (que da al corredor y escalera), y dos balcones que caen á la calle.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *con capa y sombrero.*

Ana. ¿Te vas ya á lucir el talle
porque salió la señora...?
¿O á la taberna?
Pascual. Habladora:
barra, guise, friegue y calle.
Voy adonde mandó el ama,
que por mi gusto me fuera
á mi cuarto, y me tendiera
á descansar en la cama.
Ana. Muy bien te lo cro, sí,
pues sabes solo hacer eso,
mientras carga todo el peso
de la casa sobre mí.
(*Vase Pascual por la derecha.*)

ESCENA II.

ANA. DOÑA PAQUITA.

D.ª Paq. Por Dios te lo ruego, Ana,
ten de entrambos compasion.
Don Juan frente del balcon
pasó toda la mañana,
y como á todos salir
ha visto, en entrar insiste:
en tí tan solo consiste:
anda, déjale subir.
Ana. ¡Qué bobera!
D.ª Paq. Ana, por Dios,

algo que decirme tiene.

Ana. ¿Y si la señora viene
y os atrapa aqui á los dos?

D.ª Paq. No ha de volver en buen rato,
pues fue á andar toda Sevilla
buscando muebles, vajilla,
ropa, y el gran aparato
de recibir á este tio
que desde Lima nos viene...

Ana. Pues harto que buscar tiene.
De que lo halle desconfio.

D.ª Paq. A don Juan déjame ver,
que sus señas dan aviso
de que el hablarme es preciso,
y no hay nada que temer.

Ana. ¿Y que os tendrá que decir?

D.ª Paq. Puede ser cosa importante.

Ana. Lo que dice todo amante:
que está por vos sin dormir,
que os idolatra y adora,
que por vos se ha de matar,
que solo...

D.ª Paq. Déjale entrar,
y deja chanzas ahora.
Hazlo por mí.

Ana. Bueno es eso.

D.ª Paq. Muévate mi llanto, Anita.

Ana. ¡Válgame Dios, señorita!
¿Usted ha perdido el seso?
¿Cómo he de contravenir
á lo que mandado tiene
mi señora...? Pero él viene;
la escalera va á subir;
se ha colado de rondon.

D.ª Paq. ¿Quién le abrió?

Ana. ¿Quién...? ¡Pese á tal!
El borracho de Pascual,
que dejó abierto el porton.

D.ª Paq. Toda tiemblo... Él es... ¡Ay, Ana!

Ana. ¡Qué apuro si la señora...

D.ª Paq. Se irá al momento: tú ahora
ten cuidado á esa ventana.

ESCENA III.

ANA, *á la ventana.* DOÑA PAQUITA. DON JUAN.

D. Juan. ¿Tras de tantas penas,
Paquita adorada,
al fin logro verte...?
Consuela mis ansias.
¿Qué es esto, amor mio,
que á los dos nos pasa?
D.ª Paq. ¿Qué podré deciros?
Que soy desdichada.
D. Juan. ¿De dónde nacieron
desventuras tantas?
Cuando en dulce lazo
iban nuestras almas
á gozar el premio
de amores sin tasa,
tu tio gozoso,
tu madre encantada
de ver el cariño
que por tí me abrasa,
de pronto me encuentro,
sin saber la causa,
con que me prohiben
entrar en tu casa,
con que me desdeñan,
me insultan, me ultrajan,
deshecho el contrato,
rota la palabra,
muertos los cariños,
las puertas cerradas.
Paquita, ¿qué es esto?
¿Por qué tal mudanza?
D.ª Paq. ¿No lo habeis ya visto
en aquella carta
que ayer pude echaros
por esa ventana?
D. Juan. ¡Ay, Paquita mia!
Lo que ella relata
confusiones nuevas
ha dado á mi alma.

No sé qué de Indias
en ella me hablas,
y de un cierto hermano
que tu madre aguarda,
y cuya venida...

D.ª Paq. Sí, la sola causa
de todas las penas
que en nosotros pasan
es venir un tio
que nadie esperaba.

D. Juan. ¿Quién es ese tio
de quien ya se habla
por toda Sevilla,
y con su llegada
rompe de tal modo
tales esperanzas?
De este laberinto
por tu amor me saca.

D.ª Paq. ¿Y tengo yo tiempo
de esplicaros nada?
Tiemblo de miraros
dentro de esta casa;
y el veros ha dado
consuelo á mi alma.

D. Juan. No quiero afligiros.
¿Quereis que me vaya?

D.ª Paq. ¡Ay, don Juan!

D. Juan. ¡Paquita!
¿qué te sobresalta?
Casi me parece
que te hallo mudada.
Seis dias sin vernos,
y solo una carta,
y esa tan confusa
y tan breve...

D.ª Paq. Y gracias
que escribirla pude.
Soy muy desdichada.

Ana. (*Se oye ruido.*)
¡Ay Dios! Señorita,
¿oye usted la danza
que traen allá dentro

los gatos?

D.ª Paq. Vé, Ana,
pero vuelve pronto. (*Vase Ana.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

D.ª Paq. Y usted...
D. Juan ¿Qué me mandas?
D.ª Paq. Si mi madre viene...
D. Juan. ¡Ah, que tengo el alma
de temores llena!
Mil dudas me asaltan.
¡Paquita! ¡Paquita!
¿Es todo una farsa,
todo fingimiento,
porque ya te cansan
mi amor, mi ternura,
mi fé y mi constancia...?
¡Ay que las mugeres
todas sois voltarias!
Por piedad al menos,
pues vine á tu casa
donde me han traido
mi amor y mi audacia,
las dudas crueles
que atroces desgarran
mi angustiado pecho
por piedad aclara.
Si ya me aborreces,
si mi amor te cansa,
si en otros amores
tu pecho se abrasa,
no busques en Indias
embrollos y tramas.
Con franqueza dilo,
y verás, ingrata,
que por complacerte
sabré...
D.ª Paq. Basta, basta;

al fin eres hombre,
y como hombre hablas.
De que no merezco
tus duras palabras
y reconvenciones,
pruebas tienes claras.
¡Ay si mis suspiros
y llanto escucharas,
y advertir supieras
le que aqui en el alma
por tu amor y ausencia
de contínuo pasa,
no injusto me dieras
el nombre de ingrata.
¿Mas por qué me canso
¡ay desventurada!
en satisfacerte
cuando asi me ultrajas...?
Dices que en las Indias
embrollas y tramas
busco por perderte.
¡Oh cuánto te engañas!
Contenta mi madre,
contenta trataba
nuestro casamiento,
cuando por desgracia
de un tio que en Lima
hace tiempo estaba,
y á quien no conozco,
recibimos carta,
pintando riquezas
y montes de plata
con que dice vuelve
riquísimo á España.
Es soltero y viejo,
y enfermo, y...

D. Juan. Bien, calla,
que te entiendo, aleve.

D.ª Paq. ¿Qué entiendes...? Aguarda.
Mi tio, que llega
de hoy á mañana,
de partir sus bienes

con mi madre trata,
quien desvanecida
con tal esperanza,
desdeña tu boda
y á boda mas alta...

D. Juan. ¡Ay de mí infelice!

D.ª Paq. No, no, que mi alma
es tuya, y ó tuya
ó de nadie.

D.ª Ruf. (*Dentro.*) Ana.
¡Pues bueno el descuido está!
¿Quién dejó el porton abierto?

D. Juan. (*Sorprendido.*)
¡Ay, que nos han descubierto!

D.ª Paq. ¡Ay Dios mio, que es mamá!

ESCENA V.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN. DOÑA RUFINA, *de saya y mantilla, por la derecha.*

D.ª Ruf. (*Saliendo.*)
¡Jesus qué escalera tan...!
(*Repara en don Juan y en su hija.*)
Mas ¡lindo cuadro por Dios!
¿Con que asi encuentro á los dos,
á la niña y al galan...?
Hija, Paquita, ¿qué es esto...?
La desvergüenza me place.
¿Y en mi casa usted qué hace?
Don Juan, á la calle, y presto.

D. Juan. Yo no sé lo que me pasa.
Mi tranquilidad perdida...

D.ª Ruf. ¿No le he dicho que en su vida
ponga los pies en mi casa?

D. Juan. Pero, señora...

D.ª Ruf. Marchad,
marchad al punto de aqui.

D.ª Paq. ¡Ay mamá...! ¡Triste de mí!

D.ª Ruf. Calla, Paquita.

D. Juan. Escuchad.

D.ª Ruf. ¿Qué he de escuchar, insolente...?
Salid de esta casa luego.
D.ª Paq. ¡Mamá...! por piedad os ruego...
D.ª Ruf. Salid pues. Niña, detente. (*Vase D. Juan.*)

ESCENA VI.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA.

D.ª Paq. ¡Mamá!
D.ª Ruf. No hay mamá, Paquita.
Este don Juan ó don necio
solo merece desprecio,
y su pesadez me irrita.

ESCENA VII.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA. ANA.

Ana. El puchero y los dos platos,
que eran todo nuestro ajuar,
los han echado á rodar
los malditísimos gatos.
(*Repara en doña Rufina.*)
¡Mas ay!
D.ª Ruf. ¿Te asustas...? ¡ladina...!
No pienses, no, que me engaña
la ridícula maraña
que has urdido en la cocina.
Tuya es la culpa, embrollona.
Ana. Los gatos fueron, señora.
D.ª Ruf. No hablo de gatos ahora.
Ana. ¿Pues de qué?
D.ª Ruf. ¿De qué, bribona?
De tu descuido y no mas.
¿No te dí orden terminante
de que entrar á ese tunante
no permitieras jamas?
Ana. ¿A quién...? Nada sé.
D.ª Ruf. ¿No sabes?
Ana. ¿Pero por qué es esta riña?
D.ª Ruf. Otra vez tendré á la niña

debajo de veinte llaves.
No fuera malo que yo
á un orterilla quisiera
por yerno. ¡Bueno estuviera!
¿Quién tal cosa imaginó?

D.ª Paq. Pues mamá, no hace ocho dias
que usted le solicitaba,
y solo me aconsejaba
que amable...

D.ª Ruf. Bachillerías
son esas que no permito,
mocosa. ¿Tú has olvidado
que la suerte se ha mudado...?
No repliques, que me irrito.
Acaba de convencerte
de que si en don Juan pensé,
para dar remedio fue
á nuestra apurada suerte;
mas ya que viene tu tio
nuestras deudas á pagar,
y la casa á levantar,
casarte mejor confio.

D.ª Paq. ¿Pero si mi abuelo era
un miserable barquero,
y solo de marinero
á Lima fue...?

D.ª Ruf. Bachillera,
calla. (*A Ana.*) ¿Tú, qué haces ahí?
¿Lo que decimos oyendo?
Márchate al punto.

Ana. (*Aparte.*) Ya entiendo
por lo que me echa de aqui.
Como si toda Sevilla
de esta familia la historia
no supiera de memoria
mas que un niño la cartilla. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. Y tú...

D.ª Paq. Pues qué, ¿suficiente

no era haberme yo casado
con un mercader honrado
que tiene...

D.ª Ruf. Calla, imprudente.
Tu lengua sea maldita.
¿Quién en recordar te mete
si fue barquero ó grumete
mi padre...?

D.ª Paq. ¿Es malo?

D.ª Ruf. Paquita,
lo que fue y está olvidado,
no se debe recordar.
Y solo hemos de pensar
en lo que en lustre ha ganado
nuestra familia. Casada
he estado con un marques
de segundas...

D.ª Paq. Solo un mes.

D.ª Ruf. Mas de todos soy llamada
mi señora la marquesa.

D.ª Paq. Y todos tambien, mamá...

D.ª Ruf. Bien; ¿y á mí qué se me da?
Me envidian, y no me pesa.
Que me quiten el dictado,
y el ser mi hermano un señor
comisario ordenador
con su uniforme bordado.

D.ª Paq. Lo hizo la junta central;
y lo que en ello gastó
ahora lo quisiera yo
para no pasarlo mal.

D.ª Ruf. Me desesperas. Por cierto
pagas muy bien el afan
en que de contínuo estan
don Miguel y don Alberto,
grados y honores buscando...
y su contínua contienda
en darnos honor...

D.ª Paq. La hacienda
como el humo disipando,
y mi tio don Miguel...
¿por qué no va al regimiento...?

D.ª Ruf. (*Con impaciencia.*)
Ya no tengo sufrimiento;
me está llevando Luzbel.
Bestia, incapaz, habladora,
¡qué alma tienes tan vulgar!
Nunca he podido lograr
que aprendas á ser señora.

ESCENA IX.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA. DON ALBERTO, *que viene de la calle.*

D. Alb. Tus voces oye cuanta gente pasa.
¿Con quién tan sofocada estás, Rufina?
¿Siempre ha de haber pendencia en esta casa?
D.ª Ruf. ¿Con quién la he de tener? Con tu sobrina,
que con su necedad y sus amores
me aburre, y sin cesar me desatina.
Despreciando los títulos y honores
por ese mercachifle, dice cosas
que hacen salir al rostro las colores.
D. Alb. ¡Cómo ha de ser, hermana! Caprichosas
son siempre las muchachas.
D.ª Paq. Solamente
yo le decia...
D.ª Ruf. ¿Aun osas...?
Retrónicas no quiero, impertinente;
vete á tu cuarto.
D.ª Paq. Voy...
D. Alb. Déjala.
D.ª Ruf. Alberto,
sufrir no puedo mas á esta insolente.
(*Vase doña Paquita.*)

ESCENA X.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

(*Doña Rufina se quita la mantilla y la pone sobre una silla.*)

D. Alb. Sosiégate, hermana, pues.

D.ª Ruf. Y bien, ¿qué has adelantado?
D. Alb. Eso iba yo á preguntarte;
porque yo, poco.
D.ª Ruf. Yo algo.
A fuerza de ofrecimientos,
de labia, ruegos y halagos,
corriendo toda Sevilla,
la carta de nuestro hermano
de puerta en puerta leyendo,
y sobre ella ponderando,
conseguí del ebanista,
que vive en calle de Francos,
una cómoda, un sofá,
una mesa y lava manos,
con que pondremos decente
al menos de Blas el cuarto.
Tambien de aquella prendera,
fina como el mismo diablo,
que tiene en el Arenal
su prendería, he logrado
seis sábanas, dos colchones,
tres cortinas, y un armario.
¡Pero ay Alberto! ¡Qué gente!
¡Y se llamarán cristianos!
D. Alb. ¿Pues qué hicieron?
D.ª Ruf. ¿Qué han de hacer?
Pícaros, desconfiados,
de mi título y tu empleo
burlarse los plebeyazos,
y de la carta de Blas
hacer solamente caso.
D. Alb. Una carta de las Indias
hace, Rufina, milagros.
D.ª Ruf. ¡Ah, que ya se me olvidaba!
El repostero italiano,
el que gobierna la casa
del marques de Castilblanco,
tambien alquilar ofrece
dos fuentes y cuatro platos
de plata, con sus cubiertas,
mantel, servilletas, vasos...
finalmente, todo aquello

que parezca necesario
para los primeros dias.

D. Alb. Pues entonces bien estamos,
y salimos del apuro.

D.ª Ruf. Sí salimos; pero el caso
es que todos me pedian
el dinero adelantado,
y solo á fuerza de fuerzas
á la fin se conformaron
á dar los dichos efectos
con tal de que nuestro hermano
en cuanto llegue á Sevilla
dé la cara á todo.

D. Alb. Al cabo
eso, Rufina, no importa,
porque á lo menos logramos
que Blas el primer momento
nos encuentre en cierto estado
de decencia.

D.ª Ruf. Mas si al punto
de su llegada á asaltarlo
comienzan los acreedores...

D. Alb. No faltará de engañarlos
nuevo medio. Y detenerlos
un par de dias acaso
no será dificil.

D.ª Ruf. Es
hasta pescar necesario
que no vengan á molerle.

D. Alb. Pues eso digo...

D.ª Ruf. Y tú, hermano,
¿has hecho tambien negocio?

D. Alb. Nada, Rufina.

D.ª Ruf. Es bien raro.

D. Alb. Encontré los dos gallegos
que servirán de lacayos,
y á las tres han de venir,
pero pienso será en vano.
Porque aquellas dos libreas
que en tu boda se estrenaron,
no las suelta el carbonero
aunque le muelan á palos.

Porque dice que no afloja
la prenda hasta estar pagado.

D.ª Ruf. ¡Qué gentuza tan infame!
Si son unos ladronazos.

D. Alb. El bribon del montañés,
que tiene hace mas de un año
empeñado mi uniforme,
tampoco quiere soltarlo,
y ves la falta que hace
para recibir...

D.ª Ruf. Es claro.

D. Alb. La demanda por la renta
de la casa no he logrado
suspender por mas que hice,
y va con Blas á afrentarnos
si llega la ejecucion,
como temo...

D.ª Ruf. Será un chasco.
Pero el primo don Miguel...

D. Alb. Está el pobre sin un cuarto.
Desde que á Sevilla vino
ese griego endemoniado,
ese clérigo estremeño,
aquel que los cerdos trajo,
que sabe mas que Brijan,
y que es un tahur...

D.ª Ruf. No hablo
de lo que en el juego gane,
sino de que le he encargado
que nos busque algun dinero
aunque sea con quebranto,
pues siempre los jugadores
hallan quien les preste.

D. Alb. Cuando
tallan ó estan en fortuna;
pero á los cucos...

D.ª Ruf. Veamos
si tienen sus diligencias
favorable resultado,
pues lo que nos interesa,
como tú sabes, hermano,
es que Blas no nos encuentre

viviendo como gitanos,
como perdidos.

D. Alb. Seguro.

D.ª Ruf. Como que es, Alberto, claro.
Esa generosidad
de querer sus bienes darnos,
no es cariño. ¿Qué cariño
despues de treinta y dos años?
Es que mi título, sea
ó postizo, ó bueno ó malo,
al fin suena; y que tu empleo,
aunque no es mas que honorario,
tiene un vistoso uniforme,
y su señoría al canto;
y que es mucho gusto ver
el nombre de uno estampado
en la guia de forasteros.

D. Alb. Pero con decencia y fausto
estos títulos y honores
ayudar es necesario...

D.ª Ruf. Aunque sea haciendo trampas,
que sino dirá...
(*Suena la campanilla del porton.*)

D. Alb. ¿Llamaron...?

D.ª Ruf. Sí; serán los mandaderos
con los muebles y los trastos.

D. Alb. Ó los gallegos serán
que han de servir de lacayos.
No; que es Miguel, nuestro primo.

D.ª Ruf. ¿Si habrá cumplido su encargo?

ESCENA XI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL.

D. Mig. (*Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con despecho.*)
Maldita mi suerte amen,
y ese clérigo estremeño
mas negro que una sarten,
y de ganarle tambien
maldito sea mi empeño.

D. Alb. ¿Qué ha ocurrido?
D.ª Ruf. Primo, di.
D. Mig. Que la mejor ocasion
de hacer un gran fortunon
esta mañana perdí
por ese griego bribon.
D.ª Ruf. y *D. Alb.* ¿Cómo?
D. Mig. Yo os lo contaré.
(*Se levanta de la silla.*)
Fuíme temprano á almorzar
con el marques de Molar,
y por fortuna le hallé
al punto de despertar.
Mientras salió de la cama
le alabé de gran torero,
diciéndole que Romero
jamas adquirió la fama
que él tiene en el matadero.
Despues le hablé de Juanilla,
la gitana que mantiene,
y de que un cantador viene
de Sanlúcar á Sevilla
que en el polo igual no tiene.
Despues toqué la guitarra...
Finalmente, le cogí
diez duros, y desde alli
á casa de nuestro Parra
á buscar fortuna fuí.
La banca de cabecera
aun no habia comenzado.
Puse el burlote, fiado
en lo que el diablo quisiera,
y no fuí muy desgraciado;
pues veinte onzas mis diez duros
eran ya, con que creía
que iba á lograr en el dia
dar fin á nuestros apuros;
¡tan buena suerte tenia!
Cuando el estremeño entró
y detras de mí se puso,
Manolito me advirtió
que lo dejara. Confuso

su consejo me dejó.
Pero una corazonada
de que le habia de matar,
y el deseo de dejar
mi pérdida desquitada,
hiciéronme continuar.
Solo dos tallas tiré.
¡Jamas hubiera tirado!,
pues sin blanca y desbancado,
queridos primos, quedé.
¡Mirad si soy desgraciado!

D.ª Ruf. No lo hiciera peor, Miguel,
un niño de la doctrina.
¿Y lo que sabes?

D. Mig. Rufina,
nada aprovecha con él.
Tiene la vista muy fina.

D.ª Ruf. Y entre tanto nada has hecho
de aquel tan urgente encargo.

D. Mig. Sí tal, prima; sin embargo
de mi rabia y mi despecho
por bocado tan amargo,
fuí á buscar un usurero
llamado don Simeon,
tan hipócrita embustero
como taimado ladron,
pero que presta dinero.

D.ª Ruf. ¿Y sacaste algo por fin?

D. Mig. A fuerza de batallar,
de mentir y de jurar,
logré al mísero rüin
algun poquito ablandar.
Pero á pesar de la sarta
de mis ofertas, no quiso
dar nada, y quedó indeciso
hasta ver de Blas la carta;
y enseñársela es preciso.
¡Gran virtud la carta tiene!

D.ª Ruf. Y si es tan desconfiado,
¿por qué á casa el renegado
á ver la carta no viene?

D. Mig. Ya venia á toda priesa

el cara de basilisco,
y al pasar por San Francisco
oyendo tocar á misa
entró, y con facha muy grave
me dijo: Pues que ya sé
la casa y la calle, iré
en cuanto la misa acabe.

D. Alb. Estraña es su devocion.

D. Mig. Su conciencia es mas estraña,
pues no se halla en toda España
mas desalmado ladron.

D.ª Ruf. Dime, ¿por qué cantidad
le hablaste?

D. Mig. Por cien doblones.

D.ª Ruf. Es poco.

D. Alb. ¿Qué te propones?

D.ª Ruf. Hay mucha necesidad.

D. Mig. ¿Mas cuál es tu pensamiento?
Pues con franqueza, Rufina,
mi imaginacion no atina
con la razon de tu intento.

D.ª Ruf. Que quiero que Blas nos halle
viviendo cual caballeros;
no hechos unos pordioseros,
como quien dice en la calle.

D. Mig. Pues yo tengo otra opinion,
y juzgo que mejor fuera
que en la indigencia nos viera
para que la compasion...

D.ª Ruf. ¡Qué mal conoces, Miguel,
á estos hombres de fortuna...!
Con pobreza cosa alguna
sacar lograramos de él.
Nuestros títulos y honores
le mueven tan solamente,
y el encontrar á su gente
en la clase de señores.
Ademas sabeis tambien
que tres veces ha enviado
dinero, y que confiado
está en que se gastó bien.
La primera vez mandó

seis mil y tantos doblones,
que en pretender y en funciones
mi hermano Alberto gastó.
Envió poco despues
diez mil pesos, que el demonio
se llevó en mi matrimonio
con mi difunto marques;
y há tres años recibimos
ocho mil, cuya mitad
se gastó en la necedad
de aquel pleito que perdimos,
y los demas para el juego
cual sabeis se destinaron,
y á la verdad que volaron
mas pronto que arbol de fuego.
Asi se ha hecho paz y guerra
de lo que Blas enviaba,
aunque tanto aconsejaba
que lo empleasemos en tierra;
y es preciso no olvidar
que siempre por no escamarle,
ni la voluntad quitarle
por si mas queria mandar,
le escribimos que en dehesas,
que en casas y en olivares,
cortijos, huerta, lagares
se empleaban sus remesas.
Y si ahora en resolucion
nos encuentra cual nos vemos,
mucho que temer tenemos
el que cambie de intencion.
Él no piensa remediarnos;
fomentarnos sí, y si ve
nuestro estado, con el pie
nos dará para ayudarnos.

D. Alb. Rufina, tienes razon.

D.ª Ruf. ¡Cómo si tengo!

D. Mig. Veamos
si con la carta ablandamos
al señor don Simeon.

D. Alb. (*A doña Rufina.*)
Dime, ¿y dónde fue Pascual?

D.ª Ruf. Al correo le he mandado,
pero como es tan pesado
el grandísimo animal,
tardará un siglo.
D. Alb. Yo creo
que ya llegó á Cádiz Blas,
y que tenemos verás
carta suya este correo.
D.ª Ruf. Sin duda.
D. Mig. Pues si otra carta
satisfactoria viniera,
don Simeon se pusiera
con orejas de una cuarta.
D. Alb. Fuera muy bueno.
D. Mig. Sino,
para el negocio acabar
y el hígado hacerle dar
otro espediente sé yo.
D.ª Ruf. Dilo, y al punto se hará.
D. Mig. Darle de tu hija las perlas,
pues yo aseguro que al verlas
tantos ojos abrirá.
D. Alb. ¿Qué perlas?
D. Mig. Aquella sarta
tan gorda, luciente y fina,
que Blas envió á su sobrina
con quien nos trajo la carta.
D.ª Ruf. Un inconveniente tiene.
D. Mig. ¿Y es?
D.ª Ruf. Que como Blas la envía
para que la niña el dia
de su llegada la estrene,
si á notar la falta acierta...
D. Alb. De las perlas no hay que hablar.
(*Se oyen golpes de llamar al porton.*)
D.ª Ruf. ¿Esos golpes son llamar...?
D. Mig. Llamar son.
D.ª Ruf. Ana, la puerta.
D. Mig. ¿Si será don Simeon?
D.ª Ruf. (*Con impaciencia.*)
Ana... ¡que llaman! Paquita...
Ana... ¡Jesus qué maldita!

ESCENA XII.

LOS MISMOS. ANA y DOÑA PAQUITA, *que entran de prisa.*

D.ª Paq. ¿Mamá?
Ana. ¿Señora?
D.ª Ruf. El porton. (*Vase Ana.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

D.ª Paq. ¿Qué me quiere usted, mamá?
D.ª Ruf. Nada... Como cuando grito
en vano me desgañito,
te llamé...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA.

Ana. A la puerta está
un hombre del otro siglo,
un duende del purgatorio.
D.ª Ruf. (*Con enfado.*)
¿Quién dices?
Ana. Un vejestorio,
ó mejor diré un vestiglo.
D.ª Ruf. Sin duda será, Miguel,
aquel que esperamos.
D. Mig. Sí;
echa á estas niñas de aqui,
que yo subiré con él. (*Vase don Miguel.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, *menos* DON MIGUEL.

D.ª Ruf. Vete á tu cuarto, Paquita,
y tú tambien. (*A Ana.*)

Ana. (*A doña Paquita.*)
Que me place.
¡No sabe usted qué bien hace
en echarnos, señorita!
Porque á las dos nos liberta
de un soponcio con no ver
á ese viejo Lucifer
de quien voy de miedo muerta.

D.ª Ruf. (*Con rabia.*)
¿Qué demonios murmurais?

Ana. Dábamos gracias á Dios
de que...

D.ª Ruf. ¡Buenas sois las dos...!
Marchad, marchad, que estorbais.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XVI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON, *vejete ridículo, vestido de negro con peluquin.*

D. Mig. (*Con gran prosopopeya.*)
Marquesa prima, don Alberto primo,
aqui el sugeto está que tanto estimo,
don Simeon de Algarrapaco-echea.

D. Sim. Y quien á usías complacer desea.

D.ª Ruf. Señor don Simeon, muy buenos dias.
Somos sus servidores.

D. Sim. Dios á usías
de salud colme y bienes infinitos.

D.ª Ruf. Alberto, acerca sillas.

D. Sim. (*Aparte.*) ¡Qué chorlitos!!!
A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!
(*Acerca don Alberto una silla.*)

D. Alb. Sentaos y descansad.

D.ª Ruf. Sentaos, os ruego.

D. Sim. Con permiso, que he estado de rodillas
por un buen rato.

D.ª Ruf. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas.

(*Al sentarse don Simeon se rompe la silla, y cae de espaldas.*)

D. Sim. (*Al caer.*)
¡Ay! Dios me valga y San Anton bendito.
D. Alb. ¡Jesus! ¿Qué fue...
D. Mig. ¿Mas cómo...
D.ª Ruf. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!
¡Qué desgracia!
D. Sim. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí!
D. Alb. ¡Fatal porrazo!
D. Sim. Dios me saque con bien el espinazo.
D. Mig. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)
Alzad, que yo os sostengo. No fue nada.
D. Sim. (*Levantándose.*)
Una costilla he de tener quebrada.
D.ª Ruf. ¡Terrible susto!
D. Sim. (*Mirando á la silla.*)
Sillas tan malditas
son unas trampas de matar visitas.
D. Alb. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.
D. Sim. Es malísimo agüero.
D.ª Ruf. ¡Qué encogido
que tengo el corazon...! Ana... muchacha,
agua al momento. Tráemela; despacha.
D. Sim. (*Registrándose todo el cuerpo.*)
Un sueño me parece el estar sano.
Pensé parar...
D. Mig. En el infierno; es llano.
¡Un hombre como usted...
D. Alb. Pudiera...
D.ª Ruf. Ana...
¿El agua no traerás hasta mañana?
¡Jesus qué pesadez...! ¡Niñas!
D. Alb. Ya vienen.
D.ª Ruf. Sangre de plomo las malvadas tienen.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA.

D.ª Paq. (*Asustada.*)
¡Qué voces! ¡Ay mamá...! ¿Qué ha sucedido...?
D.ª Ruf. Que este buen caballero se ha caido.

D. Sim. (*Aparte mirando á doña Paquita.*)
¡Linda muchacha!
D.ª Ruf. Porque el vil criado
dejó una silla rota en el estrado
y por desgracia fue la que...

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. ANA, *que saca un vaso de agua en la mano.*

Ana. Señora,
aqui está el agua.
D.ª Ruf. ¡Tráesla á buena hora!
(*Repara en que trae Ana el vaso sin plato.*)
Pero ¿qué es esto...? Pícara, bribona...
D. Sim. (*Reparando en Ana.*)
¡Pues no es menos bonita la fregona!
D.ª Ruf. (*A Ana.*)
¿Por qué no traes de plata la salvilla?
Ana. (*Burlándose.*)
¿Cuál?
D. Ruf. La de plata.
Ana. ¿Cuál...? Viva Sevilla.
D.ª Ruf. Señor don Simeon, perdon le pido.
Bebed en este vaso, pues ha sido
que con la priesa y voces asustada
olvidó la salvilla la criada.
D. Sim. Mil gracias, mi señora la marquesa.
Ya el susto se ha pasado.
D. Ruf. No me pesa.
Pero yo he de beber... (*Bebe.*) á Dios las gracias
de que asi se salió, que las desgracias
suceden sin saber cómo ni cuándo.
(*Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita dice aparte.*)
Idos, mas sin quedaros escuchando,
cual teneis de costumbre.
Ana. ¡Buen aviso!
¿Le gusta á usté el vejete...? (*Ap. á Paquita.*)
D.ª Paq. Es un Narciso.
Ana. ¡Qué facha! ¡Qué peluca!
D.ª Paq. Es buena pieza.
Ana. Siento que no se ha roto la cabeza. (*Vanse.*)

ESCENA XIX.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON.

D.ª Ruf. En otra silla, señor...
D. Sim. Perdon, señora marquesa,
que no volveré á sentarme
en otra silla.
D.ª Ruf. Está buena
la que os ofrezco.
D. Sim. Señora,
la que dió conmigo en tierra
que estaba rota ignoraba
su señoría, y pudiera
ignorar tambien que está
rota la que me presenta;
y si del golpe primero
saqué la persona entera,
puedo sacar del segundo
roto un brazo ó una pierna.
Por tanto de pie resuelvo
la visita hacer, y fuera
bueno que no fuese larga;
no se hunda el suelo ó se venga
alguna viga del techo
á aplastarme la cabeza,
porque esto de las desgracias
es un plato de cerezas.
D. Alb. No, que os habeis de sentar
para enteraros.
D. Sim. ¿No es buena?
¡Si he dicho que no me siento!
De pie escucho.
D.ª Ruf. Bien; pues sea.
Ya el capitan nuestro primo
le habrá informado...
D. Sim. En urgencia
me ha dicho que estan usías.
D.ª Ruf. Como estan cuantos de rentas
y de mayorazgos viven,

porque con tantas revueltas,
invasiones y mudanzas,
cambios de gobierno y guerras,
ni pagan nuestros renteros,
ni se pueden tomar cuentas
á los administradores,
ni los productos nos llegan
de nuestros estados, ni...

D. Sim. Tiempo há, señora marquesa,
que los que piden dinero
tales trabajos alegan;
pero es lo malo, señora,
que en el mundo una peseta...
¿qué digo? un solo real,
ni un maravedí se encuentra.

D.ª Ruf. Que recurran es forzoso
las gentes de nuestra esfera
á honrados capitalistas...

D. Sim. Que son necios y se dejan...

D.ª Ruf. Que son personas de bien,
y de apuros...

D. Sim. Pero es fuerza
dar muchas seguridades
á los que su sangre sueltan.

D. Mig. Sin duda.

D. Sim. Pero los bienes
vinculados no aprovechan
para ofrecer garantía
cuando el dinero se presta.

D.ª Ruf. Lo mismo iba yo á decir.

D. Sim. Pues entonces...

D. Alb. Pronto llega
un nuestro hermano que viene
de Lima, y cuyas riquezas
son tan grandes...

D. Sim. Tal me ha dicho,
si es que mal no se me acuerda,
vuestro primo el capitan.

D. Mig. Pues este es el caso.

D.ª Ruf. Llega
de un momento á otro mi hermano,
cuyo caudal en moneda

sube á trescientos mil duros.

D. Sim. ¡Hola!

D. Ruf. Y tiene alma tan buena
que todo entre su familia
repartirlo al punto piensa.

D. Sim. ¿Con que trescientos mil duros...?
(*Ap.*) Si es verdad, ganancia hay cierta.

D.ª Ruf. Y recibirle á lo menos
como se merece es fuerza;
para lo cual necesito...

D. Sim. ¿Y hay documento que pueda
acreditar su venida,
y que con tal rumbo piensa?

D.ª Ruf. Sí señor, tenemos carta...

D. Sim. ¿La teneis á mano?

D.ª Ruf. (*Saca una carta del pecho.*)
Es esta.
(*Da la carta á don Alberto.*)
Aqui la teneis. Alberto,
toma la carta, y leerla
puedes á don Simeon
desde la cruz á la fecha.

D. Alb. (*Toma la carta, y con gran precipitacion lee.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.=Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes...

D. Sim. (*Con enfado.*)
¿Es tarabilla, señor...?
No he entendido ni una letra.
Mas despacio.

D. Alb. ¿Pues no basta?

D. Sim. No señor, ¡pese á mi abuela!
Dádmela; yo la leeré.
No es cosa de juego esta.

D.ª Ruf. Dásela á don Simeon.

D. Alb. Con mucho gusto...

D. Sim. Pues venga
(*Toma la carta.*)
con mucho gusto.

D. Alb. (*Dándole la carta.*) Pues sea.

D. Sim. (*Vase á un lado de la escena, se pone unos anteojos, reconoce el papel, y lee con mucha pausa.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825. = Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes adquiridos en tantos años de trabajos y desvelos, y reunidos en todo mas de trescientos mil duros, me embarqué con ellos hace tres meses para Cádiz en la fragata la *Corza*. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios, feliz navegacion; solo á la vista de estas Islas Terceras una racha de viento me rompió un palo, lo que nos ha obligado á arribar á este puerto hace una semana para remediar la avería. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer de estar con vosotros; y aunque pensaba sorprenderos agradablemente, sabiendo ahora que el canónigo de la santa iglesia de Lima don Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compañero de viaje y particular amigo, marcha á España, para pasando por Sevilla y Madrid ir á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de esta carta; pues no puedo resistir mas tiempo al gusto de escribiros y de avisaros mi llegada á estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y soltero, y para vosotros es el fruto de mis afanes, pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á mi llegada, reservándome una pequeña cantidad con que acabar mis dias tranquilamente en el campo. Y es tan segura esta mi resolucion que, por si algo me ocurriese en tan dilatado viaje, he dejado hecho allá mi testamento y aqui traigo copia que os asegurará de mi determinacion, y que no la hará inútil en cualquier evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra vez la vela; con que, esperadme de un momento á otro, pues en Cádiz me detendré solo lo preciso para el desembarco de mi equipage y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (á quien deseo mucho conocer) lo estrene el dia de mi llegada.

A Dios, queridos hermanos: no descansa hasta verse en vuestros brazos vuestro = Blas Mingorría.

A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador. (*Acaba de leer la carta, y dice entre sí:*)

¡Por las ánimas que es
la carta cosa escelente,
y que va á hallarse esta gente
dentro del cielo de pies!
Se ofrece gran interes
en prestarles, pues es llano
que, aunque les cargue la mano,
ellos por salir de apuro
soltarán diez por un duro
á costa del necio indiano.

(*Vuelve á mirar la carta y lee:*)

Veinte y cuatro de febrero... trescientos mil pesos... pues cuanto tengo, lo repartiré con vosotros á mi llegada... hecho mi testamento... sarta de hermosísimas perlas... ¡hermosísimas perlas!

(*Queda suspenso.*)

D. Alb. (*Aparte á doña Rufina y don Miguel.*)
¡Digo si la carta vale!
D.ª Ruf. Mirad cómo se recrea.
D. Mig. La codicia le espolea
y el gozo al rostro le sale.
D. Sim. (*Como hablando entre sí.*)
Mas vamos con pie de plomo,
que al fin esto es una carta.
Diera algo sobre la sarta
de perlas, que prendas tomo;
mas sobre este papel, ¿cómo
doy ni un polvo de tabaco?
No, que el mundo es muy bellaco,
no cuantos ofrecen dan;
y, como dice el refran,
la codicia rompe el saco.
D.ª Ruf. Pues, señor don Simeon,
¿la carta que le parece?
D. Alb. Seguridades ofrece
aun para mas de un millon.
D. Sim. (*Devolviendo la carta á don Alberto.*)
De tener tan buen hermano
doy la enhorabuena á usías.

No se halla todos los dias
sugeto tan buen cristiano,
y tan generoso y tan...

D.ª Ruf. (*Con viveza.*)
¿Con que ya contar podemos...?

D. *Sim.* Aún mucho que hablar tenemos.
¿Dónde las prendas estan?

D.ª Ruf. La carta es sobrada prenda,
pues por dos dias ó tres
tan solo el préstamo es,
y de mi hermano la hacienda
garantiza...

D. Sim. Aun está lejos,
hay muchas leguas de mar,
y el echarse á navegar
no es ir á cazar conejos.

D. Alb. Mas no es de temer...

D. Sim. Señores,
al que su dinero afloja,
cualquier sombra le acongoja,
todo es sustos y temores.
Si esas tan hermosas perlas
que envió el señor don Blas
se me entregaran, quizás...
Y aun antes reconocerlas
conviene.

D.ª Ruf. Don Simeon,
¿un hombre de su buen seso
se arroja á pretender eso...?

D. Sim. ¿No está muy puesto en razon?

D. Alb. ¿No advierte usted que previene
nuestro hermano en esta carta
que la niña la tal sarta
para recibirle estrene?

D. Mig. ¿Qué dijera si empeñada
la encontrase?

D.ª Ruf. Lo tendria
por un desaire y sería...

D. Sim. Pues sino hay prenda, no hay nada.
Mas de plata una salvilla
hace poco oí nombrar...

D.ª Ruf. ¿Y hemos de descabalar,

don Simeon, la vajilla?

D. Sim. ¿Descabalar...? ¡buena es esa!
toda la he de recibir.

D.ª Ruf. ¿Y con qué hemos de servir
á nuestro hermano la mesa?

D. Sim. Pues sino hay prenda...

ESCENA XX.

LOS MISMOS. PASCUAL.

D. Alb. ¡Oh Pascual!

Pascual. ¡Maldito el correo amen,
y maldito sea quien
atraviesa aquel portal...!
Que con tantos empujones
vengo medio sofocado...

D.ª Ruf. ¿Y nos traes cartas, pesado?

Pascual. ¡Qué confusion! ¡Qué encontrones!
Se me descalzó un zapato,
me han desgarrado la capa,
y por poco no me atrapa
un pillo el reló... ¡Qué rato!

D. Alb. ¿Hay carta?

Pascual. No hay quien resista,
ni hay paciencia de aguantar
y en tal bullicio esperar
hasta que ponen la lista.

D.ª Ruf. ¿Traes cartas?

Pascual. El carro llega,
y allá se entra el conductor
con el administrador,
y las balijas le entrega.
Ciérrase la ventanilla,
acude gente y mas gente,
primero del Asistente...

D. Mig. ¿Hay mayor plomo en Sevilla?

D.ª Ruf. (*Con gran impaciencia.*)
¿Y las cartas?

Pascual. Como digo,
al Asistente primero,
á la Audiencia...

D. Alb. ¡Majadero!
D. Sim. Pachorra gasta el amigo.
Pascual. Despues al gobernador,
y despues el apartado,
y el público fastidiado...
D. Alb. ¿Pero hay cartas, hablador?
Pascual. La lista por fin parece,
y en cuanto la cuelgan, todos
se abalanzan de mil modos,
y el que atras queda perece.
Yo como no sé leer
tengo que buscar alguno
que me lea uno por uno
los nombres;—¡cómo ha de ser!
Abren despues la ventana,
mas los números estar
suelen trocados.
D. Sim. De hablar
no deja en una semana.
D.ª Ruf. ¡Maldito...! ¿y las cartas...? Dí.
Pascual. A eso voy. No soy costal.
D.ª Ruf. (*Furiosa.*)
¿Pero hay cartas, animal...?
¿Pero hay cartas?
Pascual. Creo que sí.
Una... (*Se registra los bolsillos de la chaqueta.*)
En esta faltriquera...
no; en estotra la guardé.
D. Alb. ¿La habrás perdido?
Pascual. No sé.
D.ª Ruf. ¡Gran bribon!
Pascual. Tengan espera.
D.ª Ruf. (*Arrojándose á Pascual.*)
Dámela al punto, sino...
Pascual. (*Saca la carta.*)
Tomad.
D.ª Ruf. (*Abre la carta y la mira.*)
¡Ay! de nuestro hermano.
D. Sim. (*Aparte.*)
¿Si habrá llegado el indiano?
D.ª Ruf. ¡Gracias á Dios! ya llegó.

D. Alb. ¿La fecha es de Cádiz?
D.ª Ruf. (*Sigue leyendo para sí.*) Sí.
D. Mig. ¿Llegó en salvo?
D.ª Ruf. Bueno está,
y aqui hoy mismo llegará.
D. Alb. Léase en alto.
D.ª Ruf. Dice asi: (*Lee.*)

Amados hermanos mios, antes de ayer llegué bueno, gracias á Dios, á este puerto de Cádiz; y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estareis, aunque tal vez antes que esta carta, ó al mismo tiempo, llegaré yo á esa ciudad, pues no descanso hasta veros y abrazaros. Vuestro tierno hermano Blas = &c.

D. Alb. (*Con gran júbilo.*)
Somos felices, Miguel.
Se acabaron los apuros.
D. Sim. ¿Y los trescientos mil duros
habrán llegado con él?
D. Mig. ¿Quién lo duda?
D.ª Ruf. Me parece
que el señor don Simeon
conocerá que es razon
recibirle cual merece,
y que de esta carta en vista
no tendrá dificultad
en darnos la cantidad...
D. Sim. La carta... á ver. (*Le dan la carta, y dice aparte.*)
¡Dios me asista!
(*Lee para sí, y despues hablando entre sí dice:*)
En fin me voy á arrojar,
aunque no es mucha cordura,
pero quien no se aventura
dicen que no pasa el mar.
Los seis mil... Es mucho dar.
Tres mil solo darles puedo,
pues que me ha quitado el miedo
ver que el indiano está vivo;
y como yo haré el recibo,
sabré bien atar mi dedo.
(*Devuelve la carta á doña Rufina.*)

Veo la necesidad,
y por complacer á usías
podré por dos ó tres dias
dar alguna cantidad.

D.ª Ruf. Con cien doblones bastante...

D. Sim. ¡Cien doblones! ¡Oh...!

D.ª Ruf. De modo...

D. Sim. Si se esprime el mundo todo
no da suma semejante.
(*Señalando al bolsillo.*)
Aqui hay cincuenta doblones,
que no son mios...

D. Mig. ¿De quién?

D. Sim. De un hombre honrado y de bien
que me sirve en ocasiones;
mas no de balde, en verdad.

D. Alb. Tres mil reales son tan poco...

D. Sim. Señor... ¿está usía loco...?
Es muy noble cantidad.
Si acomoda, la daré,
que no me es posible mas.

D.ª Ruf. Venga, aunque es poco. Quizás...

D. Sim. Antes el recibo haré.

D. Alb. (*Llevando á don Simeon á una mesa.*)
Aqui hay papel y tintero.

D. Sim. (*Reconociendo la silla que está inmediata.*)
¿Y esta silla?

D. Mig. No hay temor.

D. Sim. (*Se sienta, y al tomar la pluma esclama:*)
Cristo del mayor dolor,
recomiéndoos mi dinero. (*Se pone á escribir.*)

D.ª Ruf. ¡Qué vejete tan rüin!

D. Mig. ¡Y lo que sabe!

D. Alb. Es gran trucha.

D. Mig. Sea su ciencia poca ó mucha,
dinero aflojó por fin.
Mas callad, no entienda...

D.ª Ruf. (*Alto.*) Estamos
con tanta flema y quizás
ya estará en Sevilla Blas.
¿Qué providencias tomamos...?

D. Mig. Hoy el barco del vapor

debe llegar á las tres,
y que en él se venga es
muy factible.

D. Alb. No señor.
Vendrá en posta.

D.ª Ruf. Yo imagino
que en un coche, y que cargados
dos carros traerá, y soldados
de escolta para el camino.

D. Alb. ¡No, que vendrá á la ligera
dejándose en Cádiz todo!

D.ª Ruf. Venga de uno ó de otro modo,
por instantes se le espera,
y hay mucho que prevenir.

D. Alb. ¿Qué hora es...?

Pascual. Las once han dado.

D.ª Ruf. Lo que yo tengo buscado
ya no tardará en venir.
Tú, Pascual, vete á esperar
la llegada del vapor,
y si viene alli el señor...

Pascual. No se me ha de despintar,
y aunque há tanto tiempo que
no le veo...

D.ª Ruf. Pues bien, vé,
y cuidado.

Pascual. No hay que hablar.

D. Alb. (*A Pascual.*)
Dime, ¿y alguien se hallará
que á la puerta de Carmona
vaya?

Pascual. Buscaré persona
que de ello se encargará.

D. Alb. Sí, porque si en posta viene...

Pascual. Pues vóime á ver...

D.ª Ruf. Bien. Cuidado
que no me seas pesado.

Pascual. Nada que decirme tiene. (*Empieza á irse.*)

D.ª Ruf. Que la charla sempiterna
no te haga el tiempo perder.

Pascual. (*Yéndose.*)
¿Pues soy yo acaso muger?

D.ª Ruf. No te entres en la taberna.

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* PASCUAL.

D. Sim. (*Levantándose de la mesa con el recibo.*)
Pues, señores, el recibo
estendí como conviene.
Entérense de él usías
y despues firmarlo pueden.

D. Alb. (*Toma el recibo y lee.*)
Jesus, María y Joséf. = Los que abajo firmamos hemos recibido de don Simeon Algarrapaco-echea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellon que nos ha prestado por hacernos merced, y la cual le devolveremos en metálico sonante con esclusion de todo papel en el momento que la reclame presentándonos este nuestro recibo, á cuyo pago comprometemos todos nuestros bienes muebles é inmuebles habidos y por haber, siendo este documento suficiente para en su vista proceder judicialmente á apremios, ejecuciones y embargos, renunciando nosotros como renunciamos en todo caso las leyes y privilegios que pudieran favorecernos. Sevilla &c.

D.ª Ruf. ¡Hola...! ¿con que cien doblones
prestarnos al fin resuelve?

D. Sim. ¿Quién se lo ha dicho, señora?
¿Por loco usía me tiene?

D.ª Ruf. Como es de seis mil reales
el recibo...

D. Sim. ¿Pues no advierte
que en él estan incluidos
el capital é intereses?
Yo doy los tres mil reales,
y seis mil usías me vuelven.

D. Alb. ¡Don Simeon...! ¿y la conciencia?

D. Sim. Pues qué, ¿de balde lo quieren?
Dan por prendas esperanzas,
¡y aun á quejarse se atreven!

D. Mig. Mas... ¡señor...! ¡ciento por ciento!

D. Sim. ¿Les ruego yo que lo acepten?

Yo tengo temor de Dios,
y si esto justo no fuese
me guardaria muy bien...

D.ª Ruf. Pero como es solamente
por tres ó por cuatro dias
el préstamo...

D. Sim. (*Quiere recoger el papel.*)
Bien; pues quede
sin hacerse este negocio.

D.ª Ruf. De modo... que...

D. Sim. ¿Se resuelven...?
El gran apuro en que estan
preciso es que usías piensen,
que no me dan prenda alguna,
que su precio tambien tiene
el susto de mi caida,
y...

D.ª Ruf. Alberto, si te parece
firmaremos el recibo,
porque al fin la urgencia crece
y es preciso...

D. Alb. Bien, firmemos,
pues tales riquezas vienen
que lo recompensan todo. (*Firman.*)

D. Sim. (*A don Miguel.*)
Ahora falta solamente
que usted, señor capitan,
responsable al pago quede
con sus sueldos.

D. Mig. ¿Yo?

D. Sim. Sin duda,
pues por su medio la suerte
de servir á estos señores
se me proporciona... Y siempre
los sueldos son garantía;
porque el gobernador puede
de las tres partes las dos
mandar que se le descuenten
para el pago de acreedores,
y...

D. Mig. Mas yo...

D.ª Ruf. Miguel, advierte

que por tí no es regular
que asi el negocio se deje.

D. Mig. Pero, señores..., mis sueldos...
¡Pues como andan tan corrientes...!
En fin... (*Toma el recibo, y dice á don Simeon.*)
¿No es mas de firmar...?

D. Sim. Escriba antes lo siguiente.
(*Escribe don Miguel.*)

Yo áseguro el pago de la espresada cantidad con mis sueldos devengados ó corrientes, para el cual en caso necesario se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.

(*Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo á don Simeon.*)

D. Mig. Pues, señores, está hecho.

D. Sim. Y yo doy gracias solemnes
al Señor de tierra y cielo
de haber con mis cortos bienes
servido á tales señores,
á cuyo servicio siempre
me hallarán como un esclavo.
Y Dios con usías quede.

(*Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va á marchar.*)

D.ª Ruf. ¿Qué asi se va...? ¿Y el dinero...?

D. Alb. ¡Don Simeon!

D. Sim. (*Desde la puerta.*)
¿Qué se ofrece?

D. Alb. ¿Y el dinero?

D. Sim. (*Vuelve.*) ¡Oh Vírgen Santa!
Tantos negocios me tienen
trastornada la cabeza. (*Saca un bolsillo.*)
Aqui está... ¡Jesus mil veces!

(*Vacia el bolsillo sobre la mesa y empieza á contar.*)

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
y cinco diez, y diez veinte.
Y diez...

D. Alb. (*Que está recontando el dinero.*)
Solo diez y ocho
hay aqui.

D. Sim. ¿Cómo...? á ver... Puede...

Alguna equivocacion...
Repásenlo atentamente,
que nada quiero de nadie,
porque hay juicio, infierno y muerte.
(*Sigue contando.*)
Sesenta... ciento... y cincuenta...
Completos los tres mil tienen.

D. Alb. (*Despues de asegurarse.*)
Sí señor, estan completos.

D. Sim. Pues si otra cosa no quieren,
con el permiso de usías
me retiro. Con Dios queden. (*Vase.*)

D. Alb. ¡Qué ladron!

D. Mig. ¿No os lo previne?

D.ª Ruf. ¡Maldito sea el vejete!

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

D.ª Ruf. (*Acercándose á la mesa donde está el dinero.*)
Pues, señores, lo primero
no dormirnos en las pajas.

D. Alb. Bien, capirotes y rajas
hagamos de este dinero.

D.ª Ruf. Tú, Alberto, ¿qué necesitas
para sacar tu uniforme?

D. Alb. Veinte duros.

D.ª Ruf. ¡Suma enorme!
¿Y las libreas malditas?

D. Alb. Con treinta se sacarán.
Para el casero, es tambien
preciso...

D.ª Ruf. En un santi amen
estos tres mil volarán.
Toma lo que quieras, pues,
y en la fonda una comida
con todo primor servida
encarga para las tres.

D. Alb. ¿Qué...? ¿Hemos de comer alli?

D.ª Ruf. ¡Qué necedad! No por cierto,
que la dispongan, Alberto,

para despues traerla aqui.

D. Alb. Pues no hay tiempo que perder,
tomo el dinero, y me voy. (*Toma el dinero.*)

D.ª Ruf. Mirad que esperando estoy.
Los mozos puedes traer.

D. Alb. ¿Qué mozos?

D.ª Ruf. Aquellos dos
que se pondrán las libreas.

D. Alb. Lo haré todo cual deseas.
(*Vase por la derecha.*)

D.ª Ruf. ¡Que no te tardes, por Dios!

ESCENA XXIII.

DOÑA RUFINA. DON MIGUEL.

D.ª Ruf. Miguelito, ¿qué me dices?
Viento en popa todo va.
Nuestro amor se logrará.
Pronto seremos felices.
Mañana mismo prometo
las diligencias hacer...

D. Mig. Pero ya sabes, muger,
lo que te importa el secreto.
Digo; á tí... Por mí..., ya ves...
aunque sin la real licencia...
Es de entrambos conveniencia.

D.ª Ruf. Preciso el secreto es.
Mañana, sí... Loca estoy:
no sabes lo que en mí pasa.
(*Le echa una mirada muy tierna.*)
A arreglar toda la casa,
que urgen los momentos, voy.
(*Recoge el dinero.*)
A Dios, Miguel.

D. Mig. ¿Y es razon
que nada haya para mí?

D.ª Ruf. ¿Tambien quieres...

D. Mig. Prima, sí.
Yo traje á don Simeon.

D.ª Ruf. Es verdad... pero... ¡Miguel!

D. Mig. Para salir de un empeño.

D.ª Ruf. Sí, para que el estremeño
se regocije con él.
D. Mig. Ya no temo á ese bribon.
Veinte duros me has de dar,
pues que hoy me he de desquitar
me anuncia mi corazon.
D.ª Ruf. (*Dándole el dinero.*)
Toma... Mira lo que queda.
D. Mig. No te aflija cosa alguna,
que hoy nos sube la fortuna
á la cumbre de su rueda.
(*Vase don Miguel por la derecha, y doña Rufina por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RUFINA. ANA.

D.ª Ruf. ¿Está todo colocado...?
¿Las cortinas estan ya...?
Ana. Sí señora, todo está
muy limpio y muy arreglado.
D.ª Ruf. A la señorita llama.
¿Qué hace ahora?
Ana. Yo no sé.
En la alcoba pienso que
estará haciendo la cama.
D.ª Ruf. Que venga aqui.
Ana. (*Corriendo á la izquierda*)
Señorita.
D.ª Paq. (*Dentro.*)
Ya voy... ¿qué se ofrece?
D.ª Ruf. Ana,
¿pusiste la palancana?
Ana. Todo está listo.
D.ª Ruf. (*En voz alta.*) ¡Paquita!
D.ª Paq. (*Dentro.*)
¡Mamá!
D.ª Ruf. Ven pronto, muger.

ESCENA II.

DICHAS. DOÑA PAQUITA.

D.ª Paq. ¿Qué manda usted?
D.ª Ruf. ¿Asi estás?
¿Por qué á vestirte no vas?

D.ª Paq. Como aun hay tanto que hacer...
D.ª Ruf. Ponte el vestido mejor,
y no olvides el collar.
D.ª Paq. ¿Cómo se me ha de olvidar?
D.ª Ruf. Anda; vete al tocador.

ESCENA III.

DOÑA RUFINA. ANA.

D.ª Ruf. ¡Jesus, cuánto tarda Alberto!
¿La plata no la han traido...?
Ana. No señora.
D.ª Ruf. ¿Ni han venido
los lacayos?
Ana. No por cierto.
D.ª Ruf. A la puerta estan llamando...
El repostero será...
Corre á verlo.
Ana. Voy allá.
D.ª Ruf. ¿Pues qué aguardas?
Ana. (*Suelta el plumero.*) Voy volando. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA RUFINA, *sola.*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!
¿Quién tal fortuna há un mes pensar pudiera?
¡Trescientos mil...! ¡Es una friolera!
De que todas me envidien llegó el dia.
¿Y aquel vil tenderillo pretendia
conmigo emparentar...? ¡Lindo estuviera!
Marcho al punto á Madrid, y la primera
figura voy á hacer, por vida mia.
Comprará luego un título mi hermano,
pretenderá el toison, un regimiento
para Miguel... Y yo... la banda; es llano.
Un duque ó algun príncipe al momento
de mi Paquita pedirá la mano.
No sé cómo de gozo no reviento.

ESCENA V.

DOÑA RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y manteleria.*

Ana. Señora, ya estan aqui
los mozos del repostero.
D.ª Ruf. Bien; mas veamos primero
si viene lo que pedí. (*Reconoce una batea.*)
Ana. ¡Ay qué plata tan hermosa!
Si fuera nuestra... ¡ojalá!
D.ª Ruf. Pronto tu ama la tendrá
de mas peso y mas costosa.
Platos de oro he de tener
con que á duques, á señores,
príncipes y embajadores
dar en Madrid de comer.
Ana. ¿Qué, señora, á Madrid vamos....?
¡Qué gusto si pronto fuera!
D.ª Ruf. (*Con mucha gravedad.*)
Las gentes de nuestra esfera
bien solo en la corte estamos.
Ana. (*Reconociendo la otra batea.*)
Los manteles y el cristal
aqui vienen.
D.ª Ruf. (*Despues de mirarlo todo.*)
Guarda todo,
que de servir luego el modo
te diré á tí y á Pascual.
(*Vanse Ana y los mozos.*)

ESCENA VI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. PERICO y FACO, *cada uno con un lio de ropa.*

D. Alb. La ropa tienes ahí,
y estos los lacayos son.
Tú que se vistan dispon.
D.ª Ruf. ¿Y la fonda...?

D. Alb. Ya pedí
una abundante comida,
que al momento en que avisemos
aqui en casa la tendremos
con todo primor servida.

D.ª Ruf. ¿Y tu uniforme...?

D. Alb. Ahí está.

D.ª Ruf. (*Desata el lio que le ha señalado don Alberto, y saca un uniforme bordado de plata.*)
Tómalo y vete á vestir,
que no tardará en venir
nuestro hermano.

D. Alb. (*Tomando el uniforme.*)
Voy allá. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. PERICO. FACO.

D.ª Ruf. (*Desata el otro envoltorio y saca dos libreas ridiculas.*)
Estas libreas tened;
las mejores de Sevilla. (*Registrándolas.*)
Mas ¡ay Jesus, la polilla
cuál me las ha puesto...! Ved.
Pero no importa. Por hoy
asi servirán. Mañana,
de la mas hermosa grana
otras dos á encargar voy.
(*Perico toma una casaca y Faco otra.*)
¿Cómo te llamas tú? Di.

Perico. Yo, Perico.

Faco. Y Faco yo.

D.ª Ruf. ¿Y habeis servido?

Perico. Yo no.

Faco. Ni yo tampoco serví.

D.ª Ruf. Mejor. En casa ha de ser
solo vuestra obligacion
cerrar y abrir el porton,
servir la mesa y barrer;
eucender los reverberos,
ser muy limpios y callados,

ir á la calle á recados,
y cuidar de los braseros;
y principalmente dar
á toditos señoría.
Ni de noche ni de dia
esto se os ha de olvidar.

Perico. Muy bien está, señora ama.
¿Y el salario cuánto es?

D.ª Ruf. Será... tres duros al mes,
con comida, ropa y cama.

Per. y *Faco.* Estamos listos.

D.ª Ruf. Ahora
lavaros muy bien podeis
y la librea os pondreis.

Per. y *Faco.* Está bien.

D.ª Ruf. Ana.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. ANA.

Ana. Señora.

D.ª Ruf. Mientras me voy á vestir,
no te descuides, por Dios.
Que se limpien estos dos,
y enséñales á servir. (*Vase.*)

ESCENA IX.

PERICO. FACO. ANA.

Ana. ¡Buena gente va acudiendo!
Venid, pues, á la cocina.

Perico. Si usía nos encamina...

Faco. Si usía...

Ana. (*Sorprendida.*)
¿Qué estais diciendo?

Per. y *Faco.* Que usía...

Ana. (*Con enfado.*) ¿Os burlais de mí?
¡Por Dios, medrados estamos!
En muy mal pie comenzamos,
y si imaginais que asi...

Perico. ¿Pues qué...?
Faco. ¿Ofendemos á usía?
Ana. ¿Cómo...? ¡Bellacos...!
Per. y Faco. ¡Señora!
Ana. ¿Venís con burlas ahora...?
¡Infames...! Por vida mia...
Perico. ¿Pues nosotros qué decimos?
Faco. ¿Por ventura la ofendemos?
Perico. Solo con lo que debemos
exactamente cumplimos.
Ana. (*Sofocada.*)
¿Señoría á mí?
Perico. ¿Pues no?
Faco. Que tratáramos asi
á cuantos estan aqui
la señora nos mandó.
Ana. (*Convirtiendo el enfado en risa.*)
Bestias, tan solo á los amos.
¿No veis que soy la fregona?
Perico. Al ver tan gentil persona,
que era importante pensamos.
Ana. ¿Es requiebro...? Sus, venid.
Faco. (*Con familiaridad.*)
¡Bendita tu cara!
Perico. Amen.
Ana. (*Con seriedad.*)
No tan llano. Un ten con ten,
y de él jamas os salid.
(*Haciendo ademan de irse.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON MIGUEL.

D. Mig. Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?
¿Ha llegado Blas, ó no?
Ana. No señor; aun no llegó.
D. Mig. ¿Pues quiénes son los mancebos?
Ana. Son los lacayos.
D. Mig. Bien va.
Son buen par de mocetones.
Ana. A vestirse de sayones

destinados estan ya.
Limpiarlos mi encargo es,
y no es pequeño trabajo:
con arena y estropajo
no se logrará en un mes. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

DON MIGUEL. DON ALBERTO, *con su uniforme.*

D. Alb. ¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.
D. Mig. ¡Jesus, y qué buen mozo y qué lucido!
D. Alb. ¿Te parezco galan?
D. Mig. Y de mirarte
absorto me he quedado y confundido.
Con grande lujo estás. Felicitarte
debo de que por fin haya salido
uniforme tan rico y bien bordado
del cautiverio donde oculto ha estado.
D. Alb. Recibir es preciso al buen limeño
con apariencia tal.
D. Mig. Segun tu hermana.
D. Alb. ¿Y á tí cómo te fue con tu estremeño?
¿Te ha tratado mejor que esta mañana?
D. Mig. Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño
ganar á ese bribon que á todos gana.
D. Alb. ¿Con que aquellos durillos...
D. Mig. Ya volaron,
y ni un instante en mi poder pararon.
¿Y de Blas hay noticia?
D. Alb. No, por cierto.
D. Mig. Pues el vapor ya há rato que ha venido.
D. Alb. ¿Ha llegado el vapor?
D. Mig. Sin duda, Alberto.
Yo he visto ya personas que ha traido.
D. Alb. El porton me parece que han abierto.
D. Mig. Lo mismo á mí tambien me ha parecido.
Será tal vez... (*Mirando á la puerta de la escalera.*)
Mas no, que es el criado.
D. Alb. ¡Hola, Pascual...! ¿El huésped ha llegado?

ESCENA XII.

LOS MISMOS. PASCUAL.

Pascual. Si por el aire no vino,
por vida de Barrabás
que no ha llegado don Blas,
ó yo estoy fuera de tino.
D. Alb. ¿Qué dices?
Pascual. Que no parece,
aunque con una linterna...
D. Alb. ¿Tú vienes de la taberna?
Pascual. Gracias, señor: se agradece.
Si el vino he probado yo
que vino me vuelva. He estado
tomando el sol muy sentado
hasta que el vapor llegó.
Llegó, y vi desembarcar
á todos uno por uno,
y no me quedó ninguno
que quedase por contar.
Treinta eran los pasageros
y á todos pregunté en vano,
pues no saben del indiano
ni ellos ni los marineros.
Viendo pues que no venia
en aquel barco infernal,
tomé por el arenal
en derechura la via,
y sin parar me encajé
en la puerta de Carmona
á ver á cierta persona
que alli á esperar envié,
y con los guardas está,
y á ninguno entrar ha visto,
y es un muchacho muy listo,
que no se emborrachará;
aunque para contentarle
y que esté mas diligente,
á seis cuartos de aguardiente
fue forzoso convidarle.
Ni silla de posta alguna

parece en todo el camino,
ni caballos, é imagino
que esperar mas es tontuna.

D. Mig. ¿Con que no hay nada...

Pascual. Señores,
yo luego me encaramé
en la Giralda y miré
todos los alrededores,
y ni calesa ni coche
ni carro...

D. Alb. Pues tal vez Blas
se habrá detenido mas
en Cádiz...

D. Mig. Hasta la noche
esperarle es lo mas cierto,
que no tarda todavía.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA, *sale vestida de gala estrafalariamente.*

D.ª Ruf. No gastas, por vida mia,
escasa pachorra, Alberto.
¿Con que ya Pascual volvió,
y no me llamas?

D. Alb. En vano
fuera, pues de nuestro hermano
no trajo noticia.

D.ª Ruf. ¿No...?

Pascual. Ni por tierra ni por rio
rastro se descubre de él.

D. Alb. Que no tarda cree Miguel,
pero yo ya desconfio
de que por hoy le veamos.

D.ª Ruf. ¿Estás seguro, Pascual?

Pascual. ¿Que si lo estoy...? ¡Voto á tal...!

D.ª Ruf. Pues señor, frescos estamos.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA. PERICO *y* PACO *vestidos de librea.*

Ana. Aqui traigo á estos mancebos
limpios, galanes y hermosos.
D. Mig. Ya se ve que estan vistosos.
Ana. Los he puesto como nuevos.
D.ª Ruf. Y muy bien que estan asi.
¿Mas no llamaron...? Vé, Ana.
(*Suenan golpes á la puerta. --Vase Ana.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

D.ª Ruf. Miremos por la ventana.
(*Se acerca al balcon.*)
¡Ay, un caballo está aqui!
D. Alb. ¿Un caballo?
D. Mig. Será Blas.
D. Alb. Vamos, pues.
D.ª Ruf. Algun criado...
(*Hacen todos ademan de salir.*)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. ANA, *que entra asustada.*

Ana. Un hombre muy mal portado
se cuela sin mas ni mas.
Cuando del cordel tiré
sin preguntar se encajó
y la escalera tomó...
y... Aqui está ya su mercé.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DON BLAS, *vestido de camino, pobre y estrafalariamente.*

D. Blas. Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros...?

Vosotros sois mis hermanos.
Alberto, amada Rufina,
llegad, llegad á mis brazos.

D. Alb. ¡Ay, Blas es...!

D.ª Ruf. Blas es, no hay duda.

(*Abrázanse.*)

¡Jesus...! ¡Qué alegría!

D. Alb. ¡Hermano!

D. Blas. ¡Rufina...! ¡Alberto...! ¡Qué gozo!

D. Alb. ¡Qué dicha...!

D.ª Ruf. ¡Blas adorado!

(*Mientras el diálogo siguiente Ana habla con Perico y Faco, los cuales salen por la puerta que da á lo esterior; por la misma vuelven uno con una maletilla, y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven á salir, quedándose á un lado de la escena.*)

D. Blas. ¡Ah...! mentira me parece.
Aunque muy viejos os hallo,
os hubiera conocido
entre un millon. Otro abrazo
dadme, otro por vuestra vida,
porque solo asi descanso.

(*Abrázanse otra vez.*)

D.ª Ruf. Y nosotros solamente
en abrazarte ciframos
nuestras dichas y contentos.

D. Alb. Blas, por tí no pasan años.

D.ª Ruf. Como el dia que partiste;
lo mismo estás; no ha mudado
nada tu fisonomía.

D. Alb. Nada.

D. Blas. Pues muchos trabajos
he sufrido, hermanos mios,
muchos, muchos.

D.ª Ruf. Ya acabaron,
pues estás entre nosotros
y será nuestro cuidado
el servirte y el mimarte.

D. Blas. Queridos, asi lo aguardo.

D.ª Ruf. (*Presentándole á don Miguel.*)
¿Y de Miguel no te acuerdas?

D. Alb. De nuestro primo.
D. Blas. (*Recapacitando.*) El muchacho
hijo de la tia Catana;
aquel tan travieso y malo,
que allá en la plaza del Pan
andaba roscas hurtando
descalcillo y...
Pascual. (*Aparte.*) ¡Gran memoria!
D.ª Ruf. (*Con gravedad.*)
De este que está aqui te hablo,
que es militar muy valiente
y capitan de caballos.
D. Blas. (*Con cariño.*)
¡Voto á Sanes...! ¡Miguelillo...!
Ven á abrazarme. (*Abrázale.*)
¡Qué guapo!
De verte hombre de provecho,
me alegro en el alma. ¡Cuánto
has crecido...! ¿Con que eres
un señor capitanazo?
Sea en hora buena. — Rufina,
¿y la muchacha?
D.ª Ruf. (*Arrimándose á los bastidores.*)
Volando.
Ven, Paquita, á ver al tio.
D. Blas. Hánme dicho que es un pasmo
de hermosura.
D.ª Ruf. ¡Niña, pronto!
D. Blas. Se estará emperegilando.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *vestida sencillamente, y con un collar de perlas gordas.*

D.ª Paq. Mamá...
D. Blas. (*Corriendo á abrazarla.*)
¡Sobrina del alma!
Por cierto, no han ponderado.
Es muy linda, mucho, mucho.
¡Qué ojillos tan vivarachos!
D.ª Ruf. Que sea buena es menester.

D. Blas. Que es buena está publicando
su semblante. Eres muy mona.
D.ª Paq. (*Con mucha modestia.*)
Gracias, tio.
D. Blas. (*Reparando en el collar.*)
Con mi encargo
veo que cumpliste, hermosa:
di, ¿las perlas te han gustado?
D.ª Paq. Y yo doy á usted las gracias
por tan soberbio regalo.
D. Alb. Es magnífico en verdad.
D.ª Ruf. Es joya de soberano.
D. Blas. Es solo una friolera
que en tiempos afortunados
por ciertas cuentas y embrollos
vino á parar á mis manos.
D.ª Ruf. Pero, Blas, con la alegría
de verte aqui no pensamos
en lo qúe importa. ¿Al momento
querrás comer...
D. Blas. He tomado
en la venta de Iritaña
unas chuletas y un trago,
y ahora ya gana no tengo,
mas necesito descanso.
D.ª Ruf. Bien. Pues la cama está hecha.
D. Blas. Vestido dormiré un rato.
D.ª Ruf. Pero quítate las botas.
Ponte una bata. (*A los lacayos.*)
Muchachos,
traed la bata y las chinelas.
(*Ana hace señas á Perico y á Faco, y se los lleva por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, *menos* ANA, PERICO *y* FACO.

D. Alb. Dime, Blas, ¿por qué en el barco
de vapor no te has venido?
D. Blas. De embarcacion estoy harto.
D. Mig. Pues en posta...

D. Blas. Mas de prisa
por la marisma á caballo
pensé llegar.
D. Ruf. Y tú, Alberto,
¿por qué no avisas volando
á la fonda...
D. Alb. Sí; ahora mismo
irá Pascual en dos saltos.
(*Habla aparte con Pascual, y este sale con toda priesa por la puerta que da á la escalera.*)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, *menos* PASCUAL, *y sale* ANA, *y con ella* PERICO *trayendo una bata, y* FACO *unas chinelas.*

Faco. (*A don Blas.*)
Aqui tiene usía chinelas.
Las botas le iré quitando,
si usía permite.
Perico. Y la bata
tiene usía á su mandato.
Si quiere algo mas usía...
D. Blas. (*Los mira atentamente, y dice á doña Rufina:*)
¿Quién son estos mamarrachos
que parece me hacen burla?
D.ª Ruf. ¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!
D. Blas. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
¿Tus la... ¿Qué?
D.ª Ruf. Segun es uso
son de librea criados.
D. Blas. Ya.
Ana. Si usía quiere lavarse,
todo está listo en su cuarto.
D. Blas. ¿Tú tambien eres lacaya...?
Ana. (*Burlándose.*)
Yo soy la dama.
D. Blas. Ya caigo.
(*Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido, y poner la bata y chinelas, y los la-*

cayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* PERICO *y* FACO.

D. Blas. Dime, Rufina. ¿Y por qué
este par de mamarrachos,
que al verlos dirá cualquiera
que en el Carnaval estamos,
me dan tales señorías... ?
D.ª Ruf. Lo exige asi nuestro rango.
D. Blas. Será el tuyo; pero el mio...
¿Ó es que en esta tierra acaso
andan ya los tratamientos
como en la calle los cantos?
D.ª Ruf. ¡Qué gracia!
D. Alb. ¡Qué buen humor!
D.ª Ruf. Tiene mucho chiste. Hermano,
es el uso recibido.
Si tú...
D. Blas. No me da cuidado
aunque me den eminencia,
como no me den de palos.
Mas lo que ahora yo deseo
es solo dormir un rato.
D.ª Ruf. Sí, hijo mio, en el instante.
Tú eres el dueño, tú el amo,
tú eres el rey de esta casa.
Todos somos tus esclavos.
Dispon, manda, determina,
pide, ordena. Destinados
todos, todos á servirte
con mil amores estamos.
(Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño, y encaminándose con él del brazo á la puerta del fondo.)
Vente conmigo, Blasito;
ven, te llevaré á tu cuarto.
(A los que quedan en la escena.)
Que nadie meta rüido;

que haya silencio, ¡cuidado!,
mientras que duerme señor.
A tí, Alberto, te lo encargo.
(*Desde la puerta.*)
Paca, enciéndeme un cerillo,
que en casa hay mosquitos hartos,
y porque á Blas no incomoden
quiero yo misma matarlos.
Ana, ven para ayudarme
á echar las cortinas.

Ana. Vamos.

(*Vanse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita por la izquierda.*)

ESCENA XXII.

DON ALBERTO. DON MIGUEL.

D. Alb. ¿Qué te ha parecido Blas?
D. Mig. Un solemne socarron.
D. Alb. Pues á mí un bobalicon.
D. Mig. Tú te desengañarás.
D. Alb. ¿Dudas de su buena fé
y de sus ofertas?
D. Mig. No,
no dudo; mas... ¿qué sé yo?
Encuentro en él no sé qué.
D. Alb. Encuentras cierta franqueza
que no se usa por acá;
un hombre, á quien se le da
poco del fausto y grandeza.
Siempre son asi estos tales,
que á otros usos amoldados
y á la ganancia entregados,
olvidan nuestros modales.
Ven las cosas de otro modo,
juzgan que Lima es Sevilla
y que café y cochinilla
y azúcar y añil es todo;
y con sus muchos dineros
lo entienden todo al reves,
y si hacen figura es

la de grandes majaderos.

(*Sale doña Paquita por la izquierda con un cerillo encendido, y entra por la puerta del fondo.*)

D. Mig. Tal me pareció á mí Blas
desde que supe que trata
de con vosotros su plata
repartir sin mas ni mas;
porque ó gran filosofia
ó grande necedad tiene
quien con tal proyecto viene;
y mucho mas en el dia.

D. Alb. Filosofia en mi hermano
no encuentro ni necedad;
sí una estremada bondad
y un corazon puro y sano.
No tiene hijos ni muger,
y puede que ningun vicio,
y no hace gran sacrificio
en esto que piensa hacer.
Ha ganado su tesoro
sin saber cómo ni cuándo,
y está el pobrete ignorando
lo mucho que vale el oro.
Tanta riqueza le aflige
por no saber disfrutarla,
y el repartirla y el darla
para desahogarse elige.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA. ANA, *por la puerta del fondo.*

D.ª Ruf. ¡Que nadie chiste, cuidado!
Paca, vete al comedor
á preparar con primor
la mesa cual te he enseñado.
Ana, tú en cuanto el criado
traiga la comida trata
de en las seis fuentes de plata
repartirla. La pondrás
junto al fuego, y cuidarás

no nos dé un chasco la gata.
(*Vanse doña Paquita y Ana por la izquierda.*)

ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DON MIGUEL. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. ¡Jesus....! ¡Jesus...! ¡Nuestro Blas
qué hombre tan estraordinario...!
¿Que era tan estrafalario
imaginárais jamas?
¡Qué necio...! ¡qué impertinente,
qué grosero y descortés!
En verdad vergüenza es
llamarle nuestro pariente.
D. Alb. Es un hombre natural
que en pelillos no repara.
D. Mig. Es una cosa muy rara;
es un solemne animal.
D.ª Ruf. En tanto que se durmió
¡qué preguntas que me ha hecho!
D. Mig. ¿Por personas de provecho,
sin duda, te preguntó?
D.ª Ruf. Por lo peor de Triana:
por un lisiado barquero,
por un cierto tabernero,
por una vieja gitana...
¿Quién sabe... Pero yo, Alberto,
le he dicho, por evitar
que los quiera visitar,
que todos ellos han muerto.
D. Mig. Blas es raro personage.
Ninguna vergüenza tiene.
Repara cómo se viene.
D.ª Ruf. Y con qué pobre pelage.
D. Mig. ¡Por la marisma á galope
en un caballo alquilado!
D.ª Ruf. ¡Solito sin un criado
como un miserable drope!
D. Alb. Rufina, tanto mejor.
Mientras menos gaste Blas
á entrambos nos toca mas,

con que aplaudamos su humor.

D.ª Ruf. (*Con gran desprecio.*)
Aplaudámosle por cierto,
si por su vergüenza poca
mayor cantidad nos toca.

D. Mig. Soy de tu opinion, Alberto.

D.ª Ruf. Es preciso en despertando
de sus proyectos hablarle
y los tesoros pillarle,
que se va el tiempo pasando.

D. Mig. Y bueno será, pues que
en su carta nos decia
que el testamento traía,
sacárselo.

D. Alb. Ya se ve.
Eso es muy preciso.

D.ª Ruf. Es llano.

D. Mig. Y que haga la donacion,
con la justa precaucion
de que sea ante escribano.

D.ª Ruf. Y al punto le buscaremos
una casa en una aldea
donde, sea como sea,
lejos de aqui le tendremos. (*Se oye ruido.*)
¿Mas qué alboroto... ¿Es Pascual...?
¡Pues está la casa buena!

D. Mig. Anda la marimorena
allá abajo en el portal.

D.ª Ruf. (*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
¿Qué es esto...? ¿Tal zalagarda
se ha de sufrir...? ¡Hola...! ¡Chito!

ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA, *sale por la puerta de la derecha.*

Ana. (*Asustada.*)
Señora, el viejo maldito...

D.ª Ruf. ¡Bien mi mandato se guarda!
¿Quién tanto rüido mete?
¿No tengo á todos mandado...

Ana. El ebanista ha llegado,

señora, y aquel vejete...

D.ª Ruf. ¿Cuál?

Ana. Aquel que esta mañana
se cayó, con grandes furias
y diciendo mil injurias
quiere hablar á usté.

D.ª Ruf. ¿Quién, Ana?

Ana. El viejo del peluquin
y el ebanista con él.

D.ª Ruf. Anda tú, por Dios, Miguel;
mira qué es esto.

(*Vase don Miguel por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXVI.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

D. Alb. ¿Y por fin,
se sabe cuál es su intento?

Ana. Yo no lo sé. Voces dan,
y amenazan que vendrán
con la justicia al momento
sino se les oye.

D.ª Ruf. (*Con impaciencia.*)
¿Y qué
podrá ocurrirles?

D. Alb. Rufina,
¿quién demonios lo adivina?
Lo que puede ser no sé.

D.ª Ruf. Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?

Ana. El vejete Satanás
me pregunta por don Blas,
y dice que esta mañana
aqui engañado quedó;
y el tosco del ebanista
que es usté... una petardista,
y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?

D.ª Ruf. ¡Canalla sin miramiento!
¿Conmigo se han de atrever...
Los haré al punto prender,
y aun ahorcarlos al momento.
Sí; que con mis seis millones
todo lo puedo. Hoy haré

que tiemble Sevilla, y que
aprendan esos bribones
á respetarnos.

D. Alb. Escucha
lo que dicen.

D. Sim. (*Dentro.*) Sí señor;
muy justo es nuestro furor.

Ebanista. (*Dentro.*)
Nuestra necedad fue mucha.

D. Mig. (*Dentro.*)
Señores...

D. Sim. (*Dentro.*) Robar es esto,
y con engaños muy viles.

Ebanista. (*Dentro.*)
Venir con los alguaciles
será mejor y mas presto.

D.ª Ruf. (*Desesperada.*)
¡Pícaros...! ¿Qué dicen, pues?

D. Mig. (*Dentro.*)
Señores, vamos con modo
y lo arreglaremos todo.

D. Alb. No adivino lo que es.

ESCENA XXVII.

LOS MISMOS. DON MIGUEL, DON SIMEON y UN EBANISTA *que salen por la derecha.*

D.ª Ruf. (*Con gran altanería.*)
¡Qué grande atrevimiento!

D. Mig. Cálmate, prima; escúchame un momento.

D.ª Ruf. ¿Y cómo esta canalla...

Ebanista. ¿Aun se atreve á insultarnos?

D. Mig. Prima, calla.
Se trata de materia
que puede ser harto pesada y seria.

D. Alb. ¿Pero qué ha sucedido?

D. Mig. Que estos señores dicen que han oido
que se llevó el demonio la fortuna
de nuestro Blas.

D.ª Ruf. ¿Qué dices?

D. Mig. Que han robado

á Blas cuanto dinero habia juntado,
sin que salvar pudiera cosa alguna.

D.ª Ruf. Mas... ¿Cómo...?

D. Alb. ¿Quién ha dado
noticia tal...?

D. Sim. No se habla otra cosa,
señores, en Sevilla;
y es que usías lo ignoren maravilla.

Ana. (*Aparte.*)
Siempre por pajarraco
de mal agüero tuve á este bellaco.

D.ª Ruf. (*Indecisa.*)
Yo estoy helada, Alberto.

D. Sim. Semejante noticia no es sabrosa.

D. Alb. (*A doña Rufina.*)
De escucharla he quedado como muerto.

Ana. ¡Qué chasco!

D. Mig. (*A don Simeon.*) ¿Pero cómo se ha sabido?

D. Alb. Que es equivocacion, sin duda, creo.

D. Sim. La noticia ha venido,
señor, esta mañana en el correo,
y ya el aviso tienen
algunos comerciantes...

Ebanista. Y los ociosos, que á mi tienda vienen
á requebrar las mozas paseantes,
á murmurar, fumar, hablar de toros,
de otra cosa hoy no hablaron
sino de que al indiano le robaron
cerca de Cádiz los piratas moros.
¿Y sabe usted tambien quién me lo dijo?
Perez el corredor, Perez el hijo
del que en frente de gradas tiene lonja;
el que ha metido á su sobrina monja
hace dos ó tres dias.
Y, á la verdad, si usías
(como dicen y creo)
estaban ya informados,
tomar muebles fiados
es una accion...

D. Sim. ¿Y quien con buen deseo
sin prenda ni interes, seis mil reales,
ganados con fatigas y sudores,

de buena fé ha prestado á estos señores
en momentos tan críticos y tales,
qué deberá decir?

Ebanista. Mis muebles luego
quiero llevarme. No es cosa de juego
perder sin mas ni mas...

D. Sim. (*Saca el recibo.*) Este recibo,
que es en verdad legal y ejecutivo,
por si ó por no...

D. Mig. Esperad; que no es creible
la tal noticia.

D. Alb. (*Con entereza.*) ¿Cómo, si el indiano
há media hora llegó tranquilo y sano
y en su alcoba durmiendo...

D.ª Ruf. (*Recobrando su altanería.*) Es imposible.
Esto es solo una hablilla
de muchos envidiosos
en que abunda Sevilla,
que de que asi ocurriese deseosos
por dañarme lo inventan. ¡Picarones!
Pues yo les aseguro á los bribones
que les ha de pesar. Mi buen hermano
ya, á Dios gracias, llegó, y aqui al instante
mentira semejante
vendrá á contradecir.

D. Alb. (*Con seguridad.*) Al punto; es llano.

D.ª Ruf. Ya, señores, infiero
de quién es la invencion. Del majadero
don Juan, que resentido
porque darle mi hija no he querido,
con tal embrollo ahora...

Ebanista. Pues sea como fuere, yo, señora,
mis muebles solo quiero,
ó sino al Asistente...

D. Sim. Y yo, sino es demanda impertinente,
y aun existe, señora, aquel dinero...

D.ª Ruf. (*Encolerizada.*)
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué gente!
¿Lo ves, Miguel...? ¿Alberto, tú lo notas?

D. Mig. ¿Por qué asi te alborotas?

D.ª Ruf. ¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *por la izquierda.*

D.ª Paq. (*Sobresaltada.*)
¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué enojada!
D.ª Ruf. ¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de ser, Paquita? Nada.
Gracias de aquel tunante.
D.ª Paq. ¿De quién?
D.ª Ruf. De don Juanito, de tu amante
y de otros envidiosos
que de nuestra fortuna estan rabiosos.
D.ª Paq. ¿Pero el pobre don Juan...
D.ª Ruf. (*Con enfado.* Calla tú, niña.
Ana. (*Aparte.*)
Don Juan ha de salir á cada riña.
Ebanis. Señores, concluyamos.
D. Sim. Ruego que pronto, pues de priesa estamos...
D. Alb. ¿Con que ustedes, señores...
D.ª Ruf. Dan crédito á los tontos habladores,
mas para convencerlos
y lograr contenerlos
esto será mejor. (*Se acerca á la puerta del fondo, y dice en voz alta:*)
Sal pronto, hermano;
despierta, y confundidos
á estos dos atrevidos
deja y á todo el pueblo sevillano.

ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. *Sale por la puerta del fondo estregándose los ojos, y bostezando como quien despierta de un profundo sueño.*

D. Blas. ¿Con que ni dormir se puede
en esta maldita tierra...?
¡Jesus y qué gritería!
¿Qué voces, decid, son estas?

Me pareció que en el mar
corriendo estaba tormenta.
¿Qué ha ocurrido...? ¿Qué acontece?
¿Estos hombres qué desean?

D. Sim. (*A Ana.*)
¿Es este el señor indiano?

Ebanista. (*A Ana.*)
¿Es don Blas?

Ana. ¿Pues no lo aciertan?

D. Sim. (*Acercándose á don Blas.*)
Yo, señor, soy...

Ebanista. (*Adelantándose.*) Yo ebanista...

D. Alb. (*Dudoso.*)
Son...

D.ª Ruf. (*Con resolucion.*)
No es tiempo de reserva.
Estos dos son acreedores
de quien estando en urgencia
nos fue preciso valernos...

Ebanista. Yo un sofá, cómoda y mesa,
por los respetos de usté,
vendí...

D.ª Ruf. (*Interrumpiéndole.*)
Fue de esta manera.
Necesitando unos muebles
para poner con decencia
tu cuarto...

D. Sim. Y yo, señor mio,
á la señora marquesa
y á este señor vuestro hermano
y al capitan, viendo que era
justo que con aparato
tal persona recibieran,
por servirles les presté
seis mil reales en moneda
sin tener mas garantía
que una carta...

D. Blas. Estos chochean.
¿Qué tengo con eso yo?

D. Sim. Ya descampa, y llueven piedras.
¿Qué teneis con eso vos...?

Ebanista. Mis muebles...

D.ª Ruf. En dos paletas
yo te aclararé el enigma.
Estos hombres con quien deuda
es verdad que contragimos,
y es todo una friolera,
se vienen con la embajada
de que tu fortuna inmensa
se la ha llevado el demonio;
y tal disparate piensan
que es verdad porque unos necios
con intencion nada buena
andan por toda Sevilla
divulgando...

D. Sim. Por muy cierta
la noticia nos han dado.

D.ª Ruf. (*Con gran seguridad.*)
Ya ves qué cosa tan necia.

D. Blas. (*Con mucha calma.*)
Rufina, no es necedad.
La noticia es verdadera.
Es un evangelio, sí.
Estando de Cádiz cerca,
dos jabeques berberiscos
en una noche de niebla
abordaron mi fragata;
fue imposible hacer defensa,
y todo me lo robaron;
todo, todo.

D.ª Ruf. (*Suspensa.*) ¿Hablas de veras?

D. Alb. (*Dudoso.*)
Pero..., Blas...

D. Blas. Una desgracia
imprevista...

D. Mig. ¿Y resistencia
hacer no te fue posible...?

D. Blas ¿No veis que fue una sorpresa?
Veinte cajas se llevaron
todas de dinero llenas;
gran cantidad de oro y plata
en barras, una completa
vajilla, varios productos
preciosos de aquellas tierras,

y... hasta mi equipage.

D.ª Ruf. (*Dando muestras de desmayarse.*)
¡Ay Dios!

D.ª Paq. (*Sosteniendo á su madre.*)
¡Ay, mamá!

D.ª Ruf. ¡Jesus!

D. Alb. (*A Ana.*) Acerca
una silla... pronto.

D. Blas. (*Con ternura.*) ¡Hermana!

D.ª Ruf. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
¡Válgame Dios...! ¿Quién dijera
aun no hace un cuarto de hora
tal desgracia?

Ebanista. Si era cierta
la noticia ahora se ve.

D. Sim. (*Acercándose á doña Rufina.*)
Gracias infinitas sean
dadas al Señor de todo.
Él da y él quita la hacienda;
y pues la salud, señora,
benigno á usía la deja
dénsele gracias. Tal vez
su condenacion eterna,
su absoluta perdicion
iban á ser las riquezas;
y mas vale en todo caso...

D.ª Ruf. (*Con enfado.*)
Esas son cosas muy buenas,
mas no para este momento.

D. Blas. Pero, Rufina, contempla...

D.ª Ruf. ¡Pues buenos hemos quedado!

Ebanista. (*Aparte enternecido.*)
Lástima me da de verla.
Claro es que de buena fé
me hizo la compra. ¡Paciencia!

D. Sim. Yo, mis señores, no puedo
(Dios sabe lo que me pesa)
menos de que este recibo
se me asegure, ó con prenda
suficiente, ó aprontando
la corta suma que reza,
pues que ya no hay esperanzas

y es notorio...

D. Mig. (*Con enfado.*) Tanta priesa
no es justa, don Simeon.
Aun no ha pasado hora y media,
¿y ya exige usted...

D. Sim. Amigo,
yo he de mirar por mi hacienda.
Si seguridad bastante
no me dan, me será fuerza
acudir á la justicia
y á mi pesar...

Ebanista. Por mi cuenta
no se aflijan sus mercedes.
Es solo una friolera.
Yo esperaré...

D. Sim. Pues yo no.

D. Blas. (*Con resolucion á don Simeon y al ebanista.*)
Con que... ¿ustedes qué desean?

D. Sim. Yo el pago de este recibo.

Ebanista. Yo, nada.

Ana. ¡Qué diferencia!

D. Blas. (*Al ebanista.*)
Pues usted, señor maestro,
por sus muebles nada tema,
que son mios. ¿Cuánto importan?

Ebanista. Treinta y dos duros.

D. Blas. Pues queda
pagárselos á mi cargo.
¿Si usted quiere como prenda
este reló que salvé, (*Saca el reló.*)
yo no sé de qué manera...

Ebanista. ¡Qué...! No señor... Por mi parte
á nadie se hará molestia.

D. Sim. (*Mostrando el recibo.*)
Yo presento este recibo
y exijo que al punto sea
pagado. Sino, en el dia
acudiré á quien convenga.

D.ª Ruf. ¡Picaron!

D. Alb. ¡Vil usurero!

D. Blas. (*Con gran frialdad á don Simeon.*)
Pues haga usted lo que quiera,

porque yo, amigo, no puedo
encargarme de tal deuda,
ni yo le he pedido nada,
ni usted nada á mí me presta.

D. Sim. Mas, señor, por su respeto
tal cantidad sin cautela...

D. Blas. ¿Y mandé yo á usted acaso
que por mi respeto diera?

D. Sim. ¿Con que no se me asegura?

D. Blas. Lo que es yo... *requiem æternam.*

D. Sim. (*Sofocado.*)
Pues yo sabré de esta estafa
vengarme, y con las setenas
hacerme pagar.

D. Alb. Amigo,
buena caridad es esa.

D. Sim. No entiendo de caridades
cuando al dinero me llegan.
Yo haré que todos ustedes
de la burla se arrepientan. (*Vase.*)

D. Mig. Esperad, don Simeon.

Ebanista. Por mí, señores, no hay priesa.

ESCENA XXX.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON *y* EL EBANISTA.

D.ª Ruf. ¡Válgame Dios...! Pero, Blas,
yo no acabo de creer
que esto verdad pueda ser.
Sin duda embromando estás.
Si acaso por aburrir
á estos tacaños dijiste
que tus riquezas perdiste,
dinos ya...

D. Blas. ¿Qué he de decir?
¡Ojalá mentira fuera!
Y aunque harto afligirte siento,
no lo dudes ni un momento;
la noticia es verdadera.
Los piratas me han robado
hasta el último alfiler.
Sino, ¿me habias de ver

tan sucio y tan desastrado?

D.ª Ruf. ¿Con que es verdad?

D. Blas. ¿Hay tal tema?
Sí; sin duda.

D.ª Paq. (*Con ternura.*) ¡Pobrecito!

D.ª Ruf. (*Con repentino furor.*)
¡Y qué, pícaro maldito!,
¿lo dices con tanta flema?

D. Blas. ¡Rufina!!!

D.ª Ruf. (*Levantándose de la silla.*)
¡Gran majadero...!
¿Se habrá visto necio tal?
¿Con que asi, enorme animal,
perdiste nuestro dinero?

D. Blas. ¡Rufina...! ¿Te has vuelto loca?

D. Alb. No dice locura alguna.
Perder asi la fortuna
es necedad y no poca.
¿Por qué precauciones, Blas,
no tomaste... ¿No es demencia
á la luna de Valencia
dejarnos sin mas ni mas?
¿Por qué un barco no fletaste
armado? ¿Por qué un convoy,
viendo lo que pasa hoy,
mentecato, no esperaste?

D. Mig. Fue muy grande necedad
aventurar tanta renta...

D. Blas. (*Con chunga.*)
Debí fletar de mi cuenta
el navío Trinidad.

D.ª Ruf. ¿Ahora te vienes con chistes?
¡Pues como eres tan gracioso...!

D. Blas. Que era en estremo chistoso
no hace mucho que dijistes.

D. Mig. (*Con desprecio.*)
Todo ha sido cobardía,
y vileza todo ha sido.
¿Por qué no se han defendido?
¡Collones!!!

D. Blas. (*Con entereza.*) Tu valentía,
primo, alabo. Si tú hubieras

estado alli, en la sentina
como un cuitado gallina
no dudo que te escondieras.
De tales brabos reniego,
que no es gran brabura estar
hecho solo á blasfemar
allá en la casa de juego.

D. Mig. Soy un militar de honor
y tengo al lado una espada
con que daré una estocada
al mismo Cid Campeador.

D. Blas. ¿Honor... siendo un petardista?
¿Espada...? Suele quizás
traerla de adorno y no mas
quien tiene lengua tan lista.

D. Mig. ¿Te atreves...

D. Blas. (*Con resolucion.*) Me atrevo; sí.
A mis hermanos aguanto,
pero ¡por el cielo santo
que no he de sufrirte á tí!

D. Alb. (*Metiéndose en medio.*)
¡Señores, por Dios...

D.ª Ruf. (*A don Blas con gran cólera.*)
¡Gran necio!!!

D. Blas. (*Con tranquilidad.*)
Rufina, no te sofoques.

D.ª Ruf. Vete, y mas no nos provoques.

D. Mig. (*Retirándose.*)
Solo merece desprecio.

D.ª Ruf. Por tu venida maldita
la mas buena proporcion
de tener colocacion
ha perdido mi Paquita.

D.ª Paq. Mamá, por Dios... ¡Pobre tio!

D.ª Ruf. ¡Mentecato!

D.ª Paq. Al cabo es...

D.ª Ruf. Solo un perdido, un mantés.

D.ª Paq. (*Afligida.*)
Lástima me da... ¡Dios mio!

D.ª Ruf. (*Llorando.*)
Y á mí tambien me has quitado
mi felicidad colmada.

Pero no te importe nada; (*A don Miguel.*)
no, Miguel... Aun me ha quedado...

D Mig. (*Interrumpiéndola con desden y en voz baja.*)
Calla. Despues hablaremos...
No lo eches todo á perder.

D.ª Ruf. Yo resuelta estoy á hacer...

D. Mig. (*Con enfado.*)
Calla, por Dios. Ya veremos.

D.ª Ruf. (*A don Blas con despecho.*)
Y tú, márchate de aqui.

D. Blas. Rufina, ¿y aquel amor
que con tan grande calor
há un rato mostraste? Di.

D. Alb. ¡Con buen recuerdo te vienes!

D. Blas. Conozco de esta manera
que aquel cariño no era
á vuestro hermano; á sus bienes.

D.ª Ruf. Muchito.

ESCENA XXXI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha.*

Pascual. Aqui está ya todo.
Pero ¡vaya una comida!
¡Qué capon! ¡Qué pastelillos!
¡Qué temblonas jaletinas!
Viene la cosa completa.
Hay dulce seco y de almibar;
hay... ¿Qué sé yo...? Dos gallegos
lo traen en las angarillas.

D.ª Ruf. Bestia; puedes á la calle
tirar todo.

D. Blas. No en mis dias,
no; porque yo he de comerlo.

Pascual. (*A Ana aparte.*)
¿Qué es, Ana, esta tremolina?

Ana. ¿Qué ha de ser...? Que los demonios
nos han hecho una visita.

D.ª Ruf. (*Desesperada.*)
Tiradlo todo á la calle.
Ya no es menester comida.

Veneno, solo veneno
es lo que quiero.

D. Blas. (*Admirado.*) ¡Rufina!!!

D.ª Ruf. (*A don Blas.*)
Te detesto... Vete al punto.

D.ª Paq. ¡Mamá!

D.ª Ruf. Déjame, Paquita.

D.ª Paq. Vamos adentro, mamá...
Será mejor...

D.ª Ruf. Vamos, hija.
Por no ver á ese mostrenco
á los infiernos me iria.

D. Alb. (*A don Miguel.*)
Dejemos á ese perdido.
Vente, vente con Rufina.

D. Mig. Yo me voy á...

D.ª Ruf. (*Andando hácia la puerta de la izquierda.*)
¡Qué, Miguel!
¡En tal conflicto...

D. Mig. No, prima.
Voy á ver si de este chasco
la baraja me desquita.

Pascual. Pues yo, en todo caso, iré
á custodiar mis marmitas.

(*Vanse doña Rufina, don Alberto y doña Paquita por la izquierda, y don Miguel y Pascual por la derecha.*)

ESCENA XXXII.

DON BLAS. ANA.

D. Blas. (*Sin reparar en Ana.*)
Pues señor, ¡buenos parientes
he encontrado! Las noticias
que en Cádiz de ellos me dieron
eran ciertas por mi vida.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXXIII.

ANA, *sola.*

Tú eres el rey. Ven, Blasito;
nosotros te mimaremos;
los mosquitos mataremos;
¡que haya gran silencio, chito...!
El Señor sea bendito
que da los males y bienes;
mas del mundo en los vaivenes,
como reina el interes,
solo hay una norma, y es:
tanto vales cuanto tienes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *que viene de afuera.*

Pascual. Con que, dime, ¿has despedido
á los lacayos?
Ana. Sí; ahora
me lo mandó la señora.
¿Mas tú cómo lo has sabido?
Pascual. Los he encontrado.
Ana. Ya ves
el trastorno que hay en casa.
Pascual. Por cierto que lo que pasa
cosa del demonio es.
¡Qué chasco...! ¡Pobre don Blas!
Yo al pronto no lo creí,
y aunque en la fonda algo oí,
no pensé en ello jamas.
Ana. Lance es de marca mayor.
A mí lástima me han dado.
Pascual. Quien á mí me la ha causado
es el bueno del señor.—
Y tambien la señorita;
mas por el ama...
Ana. En verdad
que su necia vanidad
y su condicion maldita
no merecen compasion.
Pascual. ¿Pues y el señor capitan?
Ana. ¡Cuántos á galeras van
que mas hombres de bien son!
Pascual. ¡No sabes qué trucha es!
Si yo te dijera á tí...

Ana. ¿Y qué tardas, Pascual? Di...
Pascual. No, que me dirás despues
que soy un grande hablador.
Pero has de saber... No quiero.
Ana. (*Acariciándole.*)
Cuéntame... ¡Anda, majadero!
Pascualito..., hazme el favor...
Pascual. ¡Qué curiosa...! Al fin, muger.
Ana. Y si es cosa de los amos,
dime, Pascual, ¿á qué estamos
sino á murmurar y oler?
Pascual. Pues ofréceme secreto,
porque es cosa de importancia.
Ana. Dime solo la sustancia,
que yo callarlo prometo.
Pascual. (*Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.*)
Pues has de saber que él
en cuanto la plata olió
casarse al punto trató.
Ana. (*Con gran curiosidad.*)
¿Quién, Pascual? ¿Quién?
Pascual. Don Miguel.
Pero... ¿A que nadie adivina
la novia...?
Ana. ¡Ya! La muchacha.
Pascual. Hablas como una borracha.
Pretende á doña Rufina.
Ana. Anda, embrollon, embustero.
Pascual. ¿Piensas que es mentira?
Ana. Sí.
Pascual. Pues, amiga, yo lo oí.
Ana. ¡Mucho deslumbra el dinero!
¿Pero... ¿Cómo...
Pascual. Hace tres dias
Que yo ahí dentro oculto estaba
y aqui la señora hablaba
con su primo boberías.
Me puse atento á escuchar,
y el capitan empezó
á decirle... ¿Qué sé yo?
Cosas para reventar.

Ana. (*Dudosa.*)
Calla, bruto.
Pascual. Pues si callo,
¿cómo te lo he de decir?
Era cosa que reir
hiciera no á mí, á un caballo
ver á la vieja hacer quiebros,
y al taimado capitan
muy rendido y muy galan
flores echarle y requiebros.
Ana. ¿Con que ambos se enamoraban?
Pascual. Pero con muy casto intento,
pues de santo casamiento
y de nada mas trataban.
Que ya hacia muchos años
que se abrasaba en su fuego,
que estaba por ella ciego
y otras locuras y engaños
el capitan le decia,
y la vieja se mirlaba,
picarillo le llamaba
y los labios se mordia.
Ana. ¡Muy lindo paso, por Dios!
Pascual. Pues ayer los encontré
de nuevo y me agazapé
para escuchar á los dos.
Volvieron á los amores
y á reconcomerse el ama,
á hablar de pasion y llama
y á equivoquillos y á flores,
y despues el muy taimado,
mas astuto que el demonio,
le propuso matrimonio
con muy grande desenfado.
Ana. ¿Y en qué quedaron por fin?
Pascual. En que se hizo de rogar --
¿quién tal pudiera pensar? --
el quintañon serafin.
Ana. ¿Cómo?
Pascual. A pesar de que estaba
hecha una jalea toda,
á la apetecida boda

obstáculos encontraba,
diciendo que á perdér iba
el título de marquesa,
y que era una cosa esa
para ella muy cuesta arriba;
pero el remedio dispuso
el galan, como discreto,
y matrimonio secreto
al instante le propuso.

Ana. ¿Y aceptó?

Pascual. ¿Qué habia de hacer?
Si un novio se le presenta
cuando ha cumplido cuarenta,
¿le desprecia una muger?

Ana. ¡Jesus...! ¿A tal vieja quiere?

Pascual. Él solo quiere pillar
dinero para jugar,
y venga como viniere.

Ana. (*Recapacitando.*)
¡Válgame Dios...! Pero ahora
me haces sospechas tener
de cosas que he visto hacer
al primo y á la señora.
Es cierto. Desde que vino
la carta muy servicial
anda don Miguel, Pascual,
muy obsequioso y muy fino.
Con la primita á paseo,
á misa con la primita...
¡Miren la vieja maldita,
que aun le gusta el galanteo!
Mas ya que llevó el demonio
las esperanzas en flor
tambien llevará este amor
y el tratado matrimonio.

Pascual. Pues que de secretos va,
decirte otro es menester,
mas tambien me has de ofrecer
callarlo.

Ana. Dímelo ya.

Pascual. Has de saber... Pero no.
Acierta de dónde vengo.

Ana. (*Con impaciencia.*)
¿Cómo de acertarlo tengo?
De... de... Pascual, ¿qué sé yo?
Pascual. De casa de don Juanito.
Ana. ¿De quién, hombre?
Pascual. De don Juan,
el que era novio ó galan
de la niña.
Ana. ¡Habrá maldito...!
¿Te has echado á corredor...
Pascual. ¿A qué?
Ana. A traer y á llevar;
á componer y á ajustar
inconvenientes de amor.
Pascual. Calla, lengua viperina.
Si yo á don Juan he buscado,
es porque me lo ha mandado
el ama doña Rufina.
¡Pues muy bonito soy yo
para el papel de tercero!
Ana. No te enfades, majadero.
Pascual. ¿Yo alcamones...? Eso no.
Ana. No te amosques, no, Pascual,
que ofenderte no es mi intento.
Ademas que en casamiento
intervenir no es gran mal.
Pascual. Hija, yo en nada intervengo,
si de hombre y muger se trata,
ni por cien montes de plata;
que de gente honrada vengo.
Si á buscar á don Juan fuí,
con recado fue del ama.
Ana. ¿Qué quiere de él?
Pascual. Que le llama.
Ana. ¿Le pide que venga?
Pascual. Sí.
Como el diablo la fortuna
del indiano se llevó,
busca al que antes despreció.
Ana. No tiene vergüenza alguna.
Pero, Pascual, ¿qué recado
te dió la señora? Di.

Pascual. Que al momento venga aqui.
Ana. ¿Y tú á don Juan se lo has dado?
Pascual. Sin duda. Y lo bueno está
que me encargaron lo diera
como que de parte era
de la señorita.
Ana. Ya.
Pascual. Mas yo no quise mentir,
y le dije que es el ama
quien con tal priesa le llama.
Ana. ¿Y él ha quedado en venir?
Pascual. No sé. Habia mucha gente
en la tienda, y un criado
me dijo que le habia dado
á su padre un accidente
por cierta mala noticia...
Ana. (*Sorprendida mirando á la puerta del fondo.*)
¡Ay, que viene aqui don Blas!
Pascual. ¿Y qué importa?
Ana. Que... quizás...
Pascual. No tiene tanta malicia.

ESCENA II.

LOS MISMOS. DON BLAS, *por el fondo.*

D. Blas. (*Con una carta en la mano.*)
Hazme, Pascual, el favor
de llevar en el momento
esta carta.
Pascual. Como un viento
voy á serviros, señor.
D. Blas. Nombre y señas puedes ver
en el sobre, y diligente...
Pascual. Solo hay un inconveniente;
y es que yo no sé leer.
D. Blas. (*Leyendo el sobre.*)
Pues imponte. Dice asi:
A don Juan Antonio Greda,
en el arco de la Seda,
número tres. ¿Estás? Di.

Pascual. (*Tomando la carta.*)
¡Toma, toma...! ¿Que si estoy...?
Ya conozco al perillan.
Ana, ¡si es nuestro don Juan!
Al momento, señor, voy.
D. Blas. ¿Le conoces?
Pascual. ¡Pues si era
novio de la señorita!
D. Blas. (*Con interes.*)
¿De mi sobrina Paquita...?
Pascual. (*Viendo que Ana le hace señas.*)
Voy al punto.
D. Blas. (*Deteniéndole.*) Escucha, espera.
¿Este don Juan será pues
quien con mi sobrina estaba
concertado y que la amaba
con tanta ternura?
Pascual. Él es.
D. Blas. (*Suspenso.*)
Pues entonces... Sí... (*Con resolucion.*)
Al instante
la carta le has de entregar
en su mano y sin tardar.
Mira que es interesante.

ESCENA III.

DON BLAS. ANA.

D. Blas. (*Sin reparar en Ana.*)
Muy bueno el saber ha sido
que es este mismo don Juan
el novio amable y galan
por mi causa despedido.
(*Reparando en Ana.*)
¡Hola...! ¿Aun estabas aqui...?
¿Dónde mi hermana Rufina,
dónde mi hermosa sobrina
se encuentran? Muchacha, di.
Ana. Como le dió á la señora
la jaqueca...
D. Blas. ¿Mala está?

Ana. En cuanto rabia le da
esto que le ha dado ahora.
D. Blas. Pero... ¿no es cosa de cama...?
Ana. ¡Qué! No señor; no hay cuidado.
Tal vez ya le habrá pasado...
Sin duda, porque me llama.
(*Mirando á la izquierda.*)
Aqui me pienso que viene.
D. Blas. ¿Viene aqui? Pues yo me voy,
porque conociendo estoy
que ya poco amor me tiene.

ESCENA IV.

ANA, *sola.*

¡Qué amable que es...! ¡Pobrecito!
¡Y con qué paciencia lleva
sus desgracias... Esto prueba
que tiene un genio bendito.

ESCENA V.

ANA. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. (*Enojada.*)
¿Nunca has de contestarme
por mas voces que doy cuando te llamo?
¡Vaya, en desesperarme
cifras tu gusto...! ¿Dónde está tu amo?
¿Fue tal vez á paseo?
Ana. Que allá en su cuarto está, señora, creo.
D.ª Ruf. ¿Y Pascual ha venido...?
Porque, sino me engaño, hace un minuto
que charlar le he sentido.
Ana. Ha vuelto; sí señora.
D.ª Ruf. ¿Y el gran bruto,
por qué de mi recado
la debida respuesta no me ha dado?
Que venga en el momento.
Ana. Otra vez me parece que ha salido.
D.ª Ruf. ¡Hay tal atrevimiento...!

Sin duda á la taberna se habrá ido.

Ana. Don Blas le dió una carta...

D.ª Ruf. (*Furiosa.*)
Blas de desesperarme no se harta.
¿Y quién, por vida mia,
le mete en disponer de mis criados?
Mucho mejor haria
en irse y en dejarnos descansados.
Pues se engaña por cierto
si piensa aqui dormir.—¡Alberto, Alberto!

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON ALBERTO, *sin uniforme.*

D. Alb. ¿Qué me quieres, hermana?

D.ª Ruf. Tengo que hablarte. (*A Ana, que se retiraba.*)
Dime: ¿despediste
á los lacayos, Ana?

Ana. (*Desde la puerta.*)
Sí señora.

D.ª Ruf. ¿Y su ropa recogiste?

Ana. Tambien.

D.ª Ruf. Dile á Paquita
que venga.

Ana. Voy. (*Ap.*) ¡Qué vieja tan maldita!
(*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

D. Alb. ¿Pues, hermana, qué ha ocurrido?

D.ª Ruf. Mil cosas que hablar tenemos.
Muy grandes son los apuros,
y es fuerza buscar remedio
y tomar nuestro partido
con este hermano tan necio.
Si se queda con nosotros
será insoportable peso.
Y su ordinariez, su facha,
y sus bajos pensamientos
van sin duda á abochornarnos

y á descubrir mil secretos.
Todo podia soportarse
en gracia de su dinero;
pero perdido el tesoro...

D. Alb. Por mí, váyase al momento.
Tus temores son fundados.
Haz lo que quieras.

D.ª Ruf. Yo quiero
decirle que no es posible
tenerle en casa mas tiempo,
y tal vez por aburrido
viéndose aislado y sin medios
se ausentará de Sevilla;
y por mí, vaya al infierno
con tal que de aqui se aleje.

D. Alb. Pero entre tanto, remedio
nuestra situacion no tiene;
y no tan solo nos vemos
con toda nuestra esperanza
convertida en humo y viento,
sino privados tambien
del apoyo y de los medios
que la boda de la chica
con aquel jóven tendero
nos iba á proporcionar.

D.ª Ruf. Para hablarte, hermano, de eso
te llamo precisamente.
¿Piensas tú que yo me duermo?
Ya al don Juan (que es un cuitado,
un niño á quien le daremos
papilla si tú me ayudas,)
un recado muy atento
de parte de mi Paquita
le he enviado; y sé de cierto
que no se hará de rogar,
porque de amor está ciego.

D. Alb. La muchacha estará loca
con tal nueva de contento.

D.ª Ruf. Mira tú si es mentecata,
que se opone á todo esto
pensando que es vergonzoso
tras de los desaires hechos

llamarle; y es tan menguada
que ni aun verle quiere.

D. Alb. ¡Bueno!
¡Es una alhaja Paquita!

D.ª Ruf. Es necia con todo estremo.
Yo le he estado predicando,
pero todo sin efecto,
y ahora la mandé llamar
á ver si entrambos podemos
recabar de ella que al novio
trate de empeñar de nuevo.
Ni otro camino nos queda,
y si en humo se volvieron
todas nuestras esperanzas
por ese Blas tan mostrenco,
agarrarnos es preciso
aunque sea de un clavo ardiendo.
Este buen don Juan de Greda,
aunque es tambien otro necio,
al fin dota á la muchacha,
tiene crédito y dinero,
y en atrapándole aqui
á mi cargo queda luego
disponer de sus talegas,
hacerle que tome apego
á los títulos y honores,
que dé un puntapié al comercio
y que con todas sus fuerzas
ayude nuestros intentos,
y dar al pobre Miguel
(que está al fin á cargo nuestro)
con que adelantar consiga
su carrera.

D. Alb. Desde luego.

D.ª Ruf. Pues aqui Paquita viene.

D. Alb. Al fin la convenceremos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *sin el collar.*

D.ª Paq. Mamá.

D.ª Ruf. Ven acá, hija mia.
Preciso es que te convenzas
de que es ya llegado el dia
(como há poco te decia)
en que á tí misma te venzas.
Aunque segun imagino
no habrá mucho que vencer,
si es que el loco desatino
de aquel tierno amor, tan fino,
se encuentra en el mismo ser.
Don Juan luego ha de venir,
que en tu nombre se ha llamado.
Tú aqui le has de recibir,
y bien le puedes decir
que lo tratado, tratado.
D. Alb. Sí, sobrina; yo he de ser
el padrino de la boda.
Ya puedes, hermosa, ver
cómo de nuevo encender
de ese novio el alma toda.
D.ª Paq. ¡Válgame Dios...! ¿Y ha enviado
usted de cierto, mamá,
á don Juan el tal recado
por mí tan desaprobado?
¡Jesus...! ¡Jesus...! ¿Qué dirá?
D.ª Ruf. Nada: vendrá; y está en tí,
si le ha ofendido el rigor
con que se le echó de aqui,
saber disculparme á mí,
que todo lo alcanza amor.
D.ª Paq. ¿Y qué...! ¿Yo le he de rogar
tras de ofensa tan reciente?
Me abochorno de pensar
lo que él puede imaginar
y lo que hablará la gente.
D. Alb. Anda, tonta; asi se ceban
estos rendidos amantes.
Mientras mas desaires prueban
y mayores golpes llevan,
son mas firmes y constantes.
Dale tú una miradita,
culpa tu poco teson,

echa alguna lagrimita,
y al punto verás, Paquita,
que él mismo pide perdon.

D.ª Paq. (*Con resolucion.*)
Yo esas intrigas no sé
ni pienso que valen nada.
Amo á don Juan; bien se ve,
mas nunca le rogaré.
Su venida es escusada.

D.ª Ruf. (*Alterada.*)
¿Ves lo que te he dicho, Alberto?
Es muy gran bestia esta niña.
No hay que pensar en concierto.

D.ª Paq. Mamá, motivo por cierto
no doy de que usted me riña.

D.ª Ruf. Sí, mentecata. ¿No ves
que ya en hacerse esta boda
se ofrece grande interes,
porque el solo apoyo es
para tu familia toda?

D. Alb. Lo que yo juzgo, Rufina,
es que poco amor le tiene
al tal don Juan mi sobrina,
cuando no se determina
á hablarle como conviene.

D.ª Paq. ¡Y qué engañado está usté!
Que mi amor es verdadero
harto se prueba y se ve
tan solo con notar que
degradarme ante él no quiero.
Y porque le adoro yo,
que volviera el mismo dia
en que de aqui se le echó
y en que tanto oprobio oyó
con el alma sentiria;
porque un homrbe ha de tener
para ser amado, honor,
como debe una muger
que querida quiera ser
tener vergüenza y pudor.

D.ª Ruf. Esas son filosofias
de las novelas fatales,

y con esas tonterías
siempre quedan para tias
las niñas sentimentales.

D.ª Paq. ¿Qué novelas leo yo?

D.ª Ruf. No repliques, niña, mas.
Mi paciencia se acabó,
y hoy mismo, quieras ó no,
con don Juan te casarás.

D.ª Paq. Con el alma lo deseo:
ya lo he dicho muchas veces;
mas poderlo alcanzar creo
sin dar ningun paso feo.

D. Alb. Ya esas son ridiculeces.

D.ª Ruf. Lo que yo te mande harás:
obedecerme es lo cierto.
¡Pues no nos faltaba mas!
¿Has visto, dime, jamas
tan terca muchacha, Alberto?

ESCENA IX.

LOS MISMOS. DON BLAS, *sale de su cuarto.*

D. Blas. Mucho de encontrar me alegro
junta la familia toda
para que hablemos un rato,
y arreglemos nuestras cosas.

D.ª Ruf. ¡Pues no está mala embajada
con la que sales ahora!
¿Qué tenemos que arreglar?
Es ocurrencia graciosa
que quien perdió su fortuna
de una manera tan tonta
venga con tan necio encono
á arreglar agenas cosas.

D. Blas. (*Con mucha calma.*)
Rufina, de mi desgracia
culpa ninguna me toca;
sí el enorme peso de ella,
pues la pérdida no es floja.
Mas ya remedio no tiene;
por lo cual, hermana, todas

las riñas, reconvenciones
y quejas estan de sobra.
La pena que habeis mostrado
al saberla, fue muy propia
del interes y el cariño
que debeis á mi persona;
mas ya pasó aquel momento,
y con mas calma y pachorra
como muy buenos hermanos,
que al fin lo somos, ahora
arreglaremos el modo
de vivir en paz.

D.ª Ruf. (*Interrumpiéndole con viveza.*)
¿Con bromas
te vienes...? Por vida mia,
que tu vergüenza es bien poca.

D. Blas. Escucha, Rufina, un rato.
Muy de prisa te amontonas.

D.ª Ruf. ¿Escucharte? ¡Bueno fuera!
Yo no sé por qué no tomas
como debes tu partido.
Que en está casa incomodas
debes ya de conocer.

D.ª Paq. ¡Jesus...! ¡Mamá!

D.ª Ruf. Calla, tonta,
y vámonos allá dentro
á tratar de lo que importa,
ya que ha osado interrumpirnos
este necio.

D. Blas. (*Con mucha paciencia.*)
Te alborotas,
hermana, muy pronto. Escucha.

D.ª Ruf. Solo el verte me rebota.

D. Blas. ¡Rufina!!!

D.ª Ruf. (*A don Alberto y á doña Paquita.*)
Vamos adentro.

D. Alb. Tu enojo, hermana, reporta.
Escuchémosle, que al cabo...

D. Blas. (*A don Alberto.*)
Ella se altera y sofoca
porque ha juzgado que todo
se ha perdido, y se equivoca.

Pues aun tenemos bastante
para pasar sin zozobras
no solo una vida buena,
sino vida regalona.

D.ª Ruf. (*Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.*)
¿Pues ¡qué! se ha salvado algo...?
Eso, Blas, es otra cosa.

D. Alb. ¿Lo ves, Rufina...? ¿Lo ves...?
Ten cachaza: no seas boba.

D.ª Ruf. Con que, di, Blas, ¿aun podemos...

D. Blas. Como sé que te incomoda
cuanto digo, no me atrevo...

D.ª Ruf. No me incomodo. Perdona. --
Habla pues. Con que, di, ¿todo
no se ha perdido?

D. Blas. (*Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.*)
No. -- Toma
esta silla y está atenta.
Paca, Alberto, tomad otras
y en gracia de Dios hablemos
como la gente de forma.

(*Acercan sillas doña Paquita y don Alberto, y se sientan.*)

D.ª Ruf. (*Sentándose.*)
Bien; me sentaré.

D. Alb. Sí, hermana.

D.ª Ruf. (*A don Blas con cariño.*)
Dinos pues, fuera de broma,
qué has salvado y con qué suma...

D. Blas. (*Sentándose.*)
Voy allá. -- La tarde toda
en calcular he pasado
los recursos que aun nos sobran;
y encuentro que son bastantes
para no andarse á la sopa.
En verdad no viviremos
con la grandeza y la pompa
que mis perdidos tesoros
prometian, ¿mas qué importa,
si con lo que conservamos,

con decoro y sin tramoyas
y sin apuros podemos
gozar de la vita bona?

D.ª Ruf. (*Impaciente.*)
¿Y cuáles son los recursos...
Esplícate mas.

D. Blas. Ahora.

D.ª Ruf. ¿Dejastes algunos fondos
allá en Lima, y á persona
de probidad?

D. Blas. Ni una hilacha
dejé en tierra tan remota.

D.ª Ruf. ¿Pues en letras por ventura
traías...

D. Blas. ¡Qué! De otra cosa
muy distinta voy á hablaros.

D.ª Ruf. (*Muy inquieta.*)
Pues acaba: no seas posma.

D. Blas. Ten paciencia, ten paciencia.

D. Alb. (*A doña Rufina.*)
Sí; escucha.

D.ª Ruf. ¡Jesus qué sorna!
Me estoy haciendo harinilla.

D. Blas. Yo tengo buena memoria
y me acuerdo, hermanos mios,
que en mi época venturosa
tres veces os he enviado
cantidades y no cortas.
La primera, veinte mil
duros: conservo la nota;
otros diez mil la segunda,
y ocho mil, aun no hace ahora
tres años; y los recibos
como vuestras cartas propias
que tomásteis estas sumas
justifican y denotan.

D.ª Ruf. ¿Ves con lo que sale, Alberto?

D. Blas. (*Con resolucion.*)
¿No he de lograr que me oigas
sin interrumpirme un rato?

D. Alb. Escuchemos.

D.ª Ruf. ¡Dale, bola!

D. Blas. Yo no dudo, hermanos mios,
que estas cantidades todas
se emplearon cual previne,
y que fincas productoras
habeis con ellas comprado,
y de que asi fue me informa
lo que dicen vuestras cartas.
Pues si hay propiedad, ¿qué importa
la desgracia que he sufrido?
Con su producto, que monta
por mi cuenta á dos mil pesos,
puede la familia toda
vivir descansadamente.
Ademas esa bambolla
del uniforme de Alberto
producirá alguna cosa;
pues si nada produjera
fuera una gala bien tonta.
Tu marquesado lo mismo;
y harto que estais bien denota
ver que teneis dos lacayos,
vajilla de plata, y otras
comodidades y aun lujos
que nunca los pobres logran.
¿Os faltará economía?
Pues á mí, que de estas cosas
entiendo, el manejo dadme...

D.ª Ruf. (*Se levanta interrumpiéndole muy irritada.*)
De escucharte estoy absorta.
¿Nos vienes á pedir cuentas...
¡Pues no faltaba otra cosa!
¿Cómo, atrevido, insolente,
necio, gobernarnos osas?
Que aqui tengamos ó no,
que en fincas ó en zanahorias
se emplearan las miserias
que encareces con tal pompa,
que falte ó no economía,
¿á tí, bruto, que te importa?
Vuélvete á ser marinero,
ó aljamél, que con tu tosca
facha y tus sucios modales

jamas serás otra cosa,
y déjanos en paz ya. (*Todos se levantan.*)

D. Blas. (*Sorprendido.*)
¡Rufina...!!!

D.ª Ruf. Vete á una fonda.
Ponte al momento en la calle.

D.ª Paq. ¡Mamá, mamá...

D.ª Ruf. ¿Qué hay, mocosa?
¿Tambien quieres reprenderme?
¡Pues digo á usted que es historia...

D. Alb. (*Muy apurado.*)
Rufina... Por Dios...

D.ª Ruf. Hermano,
¿quién la cólera reporta
oyendo hablar á ese necio,
y quién, di, no se sofoca
viendo á esta insolente niña
encaramarse á doctora?
Como se parece tanto
en lo vulgar y en lo tonta
á ese zafio, á ese perdido,
su parte y defensa toma.

D.ª Paq. (*Afligida.*)
Yo..., mamá...

D.ª Ruf. (*Furiosa.*) Calla, Paquita.
Vete de aqui... ¡Vete, loca!

D.ª Paq. (*Llorando.*)
Ya me voy.

D.ª Ruf. Vete al instante;
jamas ante mí te pongas;
sino de una bofetada
te baño en sangre la boca.
(*Vase doña Paquita por la derecha.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* DOÑA PAQUITA.

D.ª Ruf. Y tú, Blas, ya lo has oido,
aqui en casa nos estorbas.
Antes que la noche llegue
dispon pues de tu persona.

D. Blas. (*Asombrado*)
¿Hablas de veras, Rufina?
¿De tu casa asi me arrojas?
D.ª Ruf. Sí; como lo has escuchado.
D. Blas. ¿Y cuando he perdido toda
mi fortuna...? ¿Qué recurso...
D.ª Ruf. Amigo, pide limosna,
que á mis costillas no quiero
holgazanes de tu estofa.
Y pues tanto deseabas
vivir en el campo, ahora
métete fraile cartujo.
D. Blas. Tu consejo me enamora.
D.ª Ruf. Pues señor, lo dicho dicho.
Yo en mi casa mando sola.
No quiero tenerte en ella.
A Dios, Blas. Estás de sobra.
(*Vase doña Rufina por la derecha.*)

ESCENA XI.

DON ALBERTO. DON BLAS.

D. Blas. (*Deteniendo á don Alberto que se va detras de doña Rufina.*)
Hermano, escúchame, espera.
¿Rufina se ha vuelto loca?
¿Qué demonios la provoca
á hablarme de esa manera?
¿Por qué es esta furia, Alberto?
Es una pobre muger,
y yo caso no he de hacer
de su rabia y desconcierto;
pero tú que al cabo eres
la cabeza de la casa,
en vista de lo que pasa
di qué he de hacer; di qué quieres.
D. Alb. (*Confuso.*)
Yo..., Blas... En todo á Rufina
procuro siempre dar gusto
y á su dictámen me ajusto.
D. Blas. Ya sé yo que te domina.

D. Alb. Ella tiene gran talento...,
y con razon dice, Blas...
D. Blas. ¿Con que diciéndome estás
que me vaya en el momento?
D. Alb. Nada digo... Blas... A Dios;
voy á ver lo que ella manda.
D. Blas. Haces bien, Alberto; anda...
¡Lástima me dais los dos!

ESCENA XII.

DON BLAS *solo, despues de una larga pausa.*

Ya no hay duya. Bien claro he descubierto,
y Dios de que me pesa es buen testigo,
que cuanto me informó mi fiel amigo
de mi ingrata familia, es harto cierto.
Pero ¡ay! me es cara, y aun á dar no acierto
á su conducta bárbara conmigo
y á su ambicion y orgullo aquel castigo
que merece tan loco desconcierto.
Mas si trató mi amor de disculparlos
en el primer momento, ¿á sangre fria
no acabo mas feroces de encontrarlos?
Tengan el premio y muera mi alegría,
que en hacerlos felices y abrazarlos
y en gozar sus cariños consistia.

ESCENA XIII.

DON BLAS. DOÑA PAQUITA, *sale de su cuarto, y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo.*

D.ª Paq. (*Vergonzosa y cortada.*)
Tio...
D. Blas. (*Con mucho cariño.*)
Sobrina mia,
¿qué buscas...? Dilo presto.
¿Mas por qué tan turbada?
¿Qué llanto es ese que en tus ojos veo?
Di... ¿qué tienes, hermosa?
D.ª Paq. ¡Ay tio...! Yo no puedo

manifestar bastante
lo que me aflige de mi madre el genio,
ni la terrible pena
que allá en el alma siento
al ver cómo se porta
con usted, que parece ser tan bueno.

D. Blas. ¿Qué quieres, inocente!
Desengaños son estos
que lo que puede muestran
el interes en los humanos pechos;
y que los hombres solo
halagan al dinero
y al poder consideran,
burlándose de amor y parentesco;
porque almas corrompidas
no abrigan los afectos
que pueden por sí solos
proporcionar dulzuras y consuelos.

D.ª Paq. ¡Ay! de usted la venida,
y sin usté saberlo,
me sumió para siempre
en un mar de dolor y de tormentos.
Las dulces esperanzas
que alentaban mi pecho
por causa de usted, tio,
volaron ya como engañoso sueño.
Y á pesar de este daño
tan grande que me ha hecho,
suspira el alma mia
tierno cariño y singular respeto.

D. Blas. (*Abrazándola con ternura.*)
Llega á mis brazos, niña.
No sabes el consuelo
que tus dulces palabras
difunden ¡ay! en mi angustiado pecho.

D.ª Paq. Una cosa queria.

D. Blas. ¿Qué quieres...? Dilo luego.

D.ª Paq. ¿Y usted, tio, me ofrece
que no se enfadará...?

D. Blas. Dilo sin miedo.

D.ª Paq. Harto, señor, conozco
que la suerte le ha puesto

en el mayor apuro
en que puede encontrarse un hombre recto,
y para remediarlo,
de todo el universo
tener quisiera, tio,
no las riquezas, no, sino el imperio;
mas ya que no me es dado
tanto como deseo,
lo que puedo ofrecerle
con toda el alma y corazon le ofrezco.

(*Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los pendientes.*)

Estas hermosas perlas,
este rico aderezo
que usted tan generoso
me dió sin conocerme, le devuelvo.
Su valor usted sabe;
que lo tome le ruego,
y con su importe, tio,
sin apuros vivir podrá algun tiempo.

D. Blas. (*Admirado.*)
¿Qué pretendes, muchacha?
¿Niña, qué estás diciendo...?

D.ª Paq. (*Con resolucion.*)
Si usted, señor, lo acepta
me hará la mas feliz del universo.

D. Blas. No lo dudo, hija amada,
porque sé que es el premio
de acciones semejantes
el sabroso placer de haberlas hecho.
(*Abraza con ternura á doña Paquita.*)
¿Qué puedo responderte?
Nada. Vuelve á mi seno,
porque voces me faltan
con que esplicar lo que en el alma siento.

D.ª Paq. (*Con cariño.*)
¿Con que usted le recibe...?

D. Blas. (*Con gran ternura.*)
Recibirle no debo.
Disfrútale, sobrina,
pues prenda es ya de mi cariño tierno.

D.ª Paq. Una vez le he estrenado.

Ya le he tenido al cuello...
Ahora usted le disfrute.
¡Ah! no me prive usted de este consuelo.

D. Blas. Pero, Paquita amada...

D.ª Paq. Yo usarle ya no puedo,
porque es de mucho lujo
para la situacion en que nos vemos.
Ademas, francamente,
si acaso le conservo
pronto estará empeñado.
Pronto...

D. Blas. (*Muy enternecido.*)
Basta, Paquita. Te comprendo.
Le tomo..., sí; le tomo.
(*Toma la cajita, y mirando á la puerta de la izquierda dice:*)
Alguien viene... No quiero
que me encuentren llorando.
No te arrepentirás de lo que has hecho.
(*Vase á su cuarto.*)

ESCENA XIV.

DOÑA PAQUITA. PASCUAL, *por la izquierda.*

Pascual. Buen ánimo, señorita.
Ya está en casa aquel zorzal.

D.ª Paq. (*Volviendo en sí.*)
¿Quién dices que está, Pascual?

Pascual. Una agradable visita.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XV.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN, *por la derecha.*

D.ª Paq. (*Sorprendida.*)
¡Ay Jesus...!

D. Juan. (*Turbado.*) ¡Oh trance fuerte!
¡Cuánto el encontraros siento!

D.ª Paq. (*Confusa.*)
¡El verme os da sentimiento...!

D. Juan. (*Abatido.*)
Tal es, Paquita, mi suerte.
D.ª Paq. ¡Si supiérais...
D. Juan. ¿Qué, mi bien?
D.ª Paq. Lo que ha pasado en mi casa...
D. Juan. ¡Ay! lo que en la mia pasa
es lastimoso tambien.
D.ª Paq. (*Asustada.*)
¿Qué decís? ¿Pues qué sucede?
D. Juan. ¿Por qué lo quereis saber?
Quien infeliz ha de ser,
con nada evitarlo puede.
Yo al momento que os perdí
empecé á serlo, Paquita,
y la suerte precipita
hoy sus males sobre mí.
D.ª Paq. (*Turbada.*)
No os entiendo... ¿Habeis venido
porque un recado... quizás...
D. Juan. Paquita, el ver á don Blas
á esta casa me ha traido.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. (*Muy contenta.*)
Bien, muy bien. Asi me agrada.
Como tórtolas estan.
Muy bien venido, don Juan.
Paca, ¿estás ya consolada?
D. Juan. (*Con seriedad.*)
¡Señora!
D.ª Ruf. Desde el balcon
venir gozosa os he visto
tan lindo mozo y tan listo...
Buena, Paca, es tu eleccion.
D. Juan. ¡Señora!!
D.ª Ruf. ¿Qué...? ¿Está enojado?
No se haga usted retrechero.
Pues bien sabe, caballero,
que siempre se le ha estimado.
D. Juan. Me admiro...

D.ª Ruf. (*Con viveza.*) ¿Mimos quereis?
Pues pelillos á la mar
y vamos á concertar
que luego, luego os caseis.
D. Juan. Advertid, señora, que
ya de muy distinto modo...
D.ª Ruf. No conoce usted que todo
por probarle solo fue.
(*A doña Paquita.*)
Desengáñale, hija mia,
conténtale... Dile, pues...
D.ª Paq. (*Avergonzada.*)
¡Jesus, mamá!
D.ª Ruf. Todo es
cariño y zalamería.
D. Juan. Es otro tiempo, señora:
no á tratar amores vengo.
Hartos infortunios tengo
que me atormenten ahora.
D.ª Ruf. ¿Tan presto se os fue el amor?
D. Juan. (*Afligido.*)
¡Ay! del triste pecho mio
jamas saldrá, yo lo fio,
para tormento mayor.
D.ª Paq. (*Con vehemencia.*)
¡Ay, don Juan...! ¡Mamá...!
D.ª Ruf. Al momento
vuestro deseo vereis...
D. Juan. Por piedad, no acrecenteis
mi dolor y mi tormento.
D.ª Ruf. ¿Qué...? ¿No quereis á Paquita?
D. Juan. (*Con muestras de gran dolor.*)
Con toda el alma la adoro,
es mi bien, es mi tesoro;
mas la suerte me la quita.
D.ª Ruf. Ya es vuestra.
D. Juan. No lo será.
D.ª Paq. ¿Qué escucho...? ¡Cielos...!
D. Juan. Señora...
mi corazon ¡ay! la adora,
pero la he perdido ya.
D.ª Ruf. No os entiendo. ¿Vos perderla?

D. Juan. Sí... Cuando la pretendia
medios de sobra tenia
con que poder mantenerla.
Pero acabo de quebrar.
Ya mi casa está perdida;
y á quien adoro, en mi vida
podré, señora, engañar.

D.ª Paq. ¡Ay de mí...! ¡Cielos...! ¿Qué dice...?
(*Como queriendo abrazar á don Juan.*)
¡Oh, don Juan...!

D.ª Ruf. (*Conteniéndola.*) Niña, contente.

D.ª Paq. ¡Mamá!

(*Corre á sentarse en la silla mas inmediata con muestras de desmayarse.*)

D.ª Ruf. (*A don Juan con enfado.*)
¡Jesus...! ¡Qué imprudente
que está usted!

D. Juan. ¡Soy infelice!

D.ª Ruf. (*Se acerca á su hija, y dice gritando:*)
¡Ana...! Ven, Ana... Ven presto.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. ANA, *apresurada.*

Ana. ¿Qué ha ocurrido?

D.ª Ruf. Agua al instante.

D. Juan. ¿Hay martirio semejante?

Ana. (*Acercándose con cariño á doña Paquita.*)
Doña Paquita... ¿Qué es esto?

D.ª Paq. (*Se levanta, y se apoya en Ana.*)
Nada...

D.ª Ruf. En tu cuarto mejor...

D.ª Paq. (*Abatida.*)
Sí... mejor será... Me voy.

D. Juan. ¿Esto miro, y vivo estoy...?

D.ª Paq. (*Yéndose poco á poco sostenida por Ana.*)
¡Don Juan! ¡Don Juan!

D. Juan. ¡Oh dolor!

(*Vase doña Paquita con Ana y don Juan queda á un lado sumergido en el mas profundo abatimiento, y á otro doña Rufina muy pensativa.*)

ESCENA XVIII.

DON JUAN. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. (*Aparte despues de un rato de silencio.*)
Ya veo que la fortuna
contra mí se ha declarado,
de modo que no ha dejado
abierta puerta ninguna.
(*Acercándose á don Juan con seriedad.*)
Tiene usté razon, don Juan.
Si su fortuna perdió,
como honrado se portó;
que hombre pobre no es galan.
Ni yo mi hija le diera
porque soy muger prudente.
Pero tan raro accidente
¿cómo fue, de qué manera?
D. Juan. (*Volviendo en sí.*)
¿Qué puedo deciros yo?
Que vuestro hermano don Blas,
porque no hay, señora, mas,
nuestra quiebra ocasionó.
Dª Ruf. ¿No lo he dicho...? Ese jumento
no solo á sí se ha arruinado,
mas tras de sí habrá llevado
la fortuna de otros ciento.
D. Juan. No; don Blas nada ha perdido.
D.ª Ruf. (*Admirada.*)
¿Qué decís? ¿Pues sus tesoros
robados por unos moros,
cerca de Cádiz, no han sido?
D. Juan. Sí señora: mas traía
todo, todo asegurado,
y debe serle abonado
todo, por la compañía.
D.ª Ruf. (*Muy solícita.*)
Esplicadme: no comprendo
el asegurar qué es,
ni esa compañía, pues
de estas cosas nada entiendo.
D. Juan. El seguro, en conclusion,

es quien responda tener
de que no se ha de perder
alguna especulacion,
con lo que el interesado
en suma no arriesga nada,
porque el daño se traslada
á aquel que le ha asegurado,
y hay un establecimiento
formado por negociantes
que dan fianzas semejantes
cobrando el tanto por ciento.
Don Blas, como hombre advertido,
cuando de Lima salió
sus fondos aseguró,
por lo que nada ha perdido.

D.ª Ruf. ¿Pues los trescientos mil duros
que traía en la fragata...

D. Juan. Los tiene al momento en plata,
y los tiene muy seguros.

D.ª Ruf. ¿Con que los tiene...?

D. Juan. Sin duda.

D.ª Ruf. (*Fuera de sí de contento.*)
Alberto, Alberto, ven luego;
aun no hemos perdido el juego;
la fortuna nos ayuda.
Ven al momento, y tú, Ana,
sal al punto.

D. Juan. (*Aparte.*) ¡Qué muger!

D.ª Ruf. Hoy loca me he de volver:
todo mi suerte lo allana.
Pero... ¿Usted cómo perdió...

D. Juan. Porque en la tal compañía,
aunque harto yo me oponia,
mi buen padre se metió.

D.ª Ruf. (*Sin hacer caso de don Juan.*)
¡Alberto!

D. Alb. (*Dentro.*) Ya voy, muger.

D.ª Ruf. Pues, don Juan, en el instante
aqui el dinero contante
hoy mismo se ha de poner.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS. DON ALBERTO.

D. Alb. ¿Qué diablos ha sucedido,
que con tanta priesa estás?
D.ª Ruf. Que nuestro querido Blas
nada, nadita ha perdido.
El señor puede contarte
lo que ocurre, y de qué modo
ha logrado salvar todo.
D. Alb. (*Confuso.*)
No sé qué crédito darte
ni comprendo lo que es esto.
Esplícate, hermana, pues.
D.ª Ruf. Hermano, la cosa es...
Don Juan lo dirá mas presto.
D. Juan. (*A don Alberto.*)
¿No lo saben? Que don Blas
sus fondos aseguró,
por lo que nada perdió.
No es menester decir mas.
Yo soy el comisionado
de la triste compañía
de seguros, que en el dia
con este asunto ha quebrado,
porque trescientos mil duros
no es, señor, una friolera;
y sabeis que no hay espera
en esto de los seguros.
De Cádiz aviso tengo
que cien mil ya tiene alli,
y á tratar del resto aqui
con el mismo don Blas vengo.
D. Alb. (*Suspenso.*)
¡Muy bien!
D.ª Ruf. ¿Con que listos ya
cien mil hay?
D. Juan. En el instante.
D.ª Ruf. ¿Y la cantidad restante?
D. Juan. Don Blas no la perderá.
D. Alb. ¡Buena fortuna por cierto!

D.ª Ruf. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)
Ana, ven al punto; ven.
¿Quién con tanta dicha, quién
no ha de delirar, Alberto?

ESCENA XX.

LOS MISMOS. ANA.

Ana. Señora, ¿qué manda usté?
D.ª Ruf. (*Con gran contento.*)
No es nada; cosa de juego.
Vuelvan los lacayos luego,
vuelvan al punto.
Ana. Pues ¿qué...
D.ª Ruf. Nada se ha perdido, nada.
Que esté la comida presta
y ten la mesa dispuesta,
pues nuestra suerte es colmada.
Ana. (*Dudosa.*)
Señora, no sé qué diga.
D.ª Ruf. Se han salvado los tesoros,
y á los corsaritos moros
podemos dar una higa.
Ana. ¿Pero es posible?
D.ª Ruf. Ana, sí;
mas éntrate en el momento
de Blasito al aposento
y dile que salga aqui.
(*Vase Ana por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

D. Alb. Rufina, ¿qué te parece?
D.ª Ruf. Estoy de gozo alelada.
D. Alb. Don Juan, ¿y queda arruinada
la compañía?
D. Juan. Perece.

ESCENA XXII.

LOS MISMOS. ANA. DON BLAS, *con el mismo vestido con que vino la primera vez.*

D.ª Ruf. (*Acercándose á don Blas con mucho cariño.*)
¡Bien, Blasito, te has burlado!
Ven acá, ven, buena pieza.
¿Quién te puso en la cabeza
darnos chasco tan pesado?
Sabiendo el grande interes
que por tí todos tenemos,
ha sido...

D. Blas. (*Interrumpiéndola con seriedad.*)
Luego hablaremos.
¿El que me busca quién es?

D. Juan. Yo, que tengo comision
de los aseguradores...

D.ª Ruf. Al fruto de tus sudores
Dios echó la bendicion.

D. Blas. (*Mirando cariñosamente á don Juan.*)
¿Usted sin duda será
don Juan Antonio de Greda?

D. Juan. Quien con cuanto valga y pueda
gozoso á usted servirá.
Y no era, señor, preciso
haber la carta enviado,
pues de Cádiz me ha llegado
de todo directo aviso,
y ya estaba yo dispuesto
á venir en el instante,
que el negocio es importante
y ha de transigirse presto.
(*Saca unos papeles.*)
Este es, señor, el contrato,
y esta carta le previene
que cien mil duros ya tiene
en Cádiz á su mandato.
Los doscientos mil siguientes
no puede la compañía
aprestarlos en el dia,
pues no hay fondos suficientes;

mas fianzas presentará,
y si usted no halla embarazo,
en un convenido plazo
el total satisfará.

D.ª Ruf. (*Con viveza.*)
¿Qué embrollos son estos? Di.

D. Blas. (*Con frialdad leyendo los papeles.*)
No me distraigas, muger.

D. Juan. (*Cortado.*)
Yo, á la verdad, pretender
no osara nada por mí;
y aunque desde el mismo punto
en que la nueva llegó
mi anciano padre cayó
malo y casi está difunto,
porque es de la compañía
y es ya su quiebra segura,
sé llevar la desventura
con firmeza y valentía;
pero, cual comisionado
por los otros, ruego á usté
que ese respiro les dé;
y quedará hipotecado...

D.ª Ruf. (*Con viveza metiéndose en medio.*)
¿Cómo...? ¡No faltaba mas...!
El dinerito al momento.
Para eso el tanto por ciento
se pagó.—No accedas, Blas.
Al punto una ejecucion
y venderles la camisa.
Pagar es cosa precisa,
y doblon sobre doblon.

D. Alb. (*Conteniéndola, y llevándosela aparte.*)
Calla, Rufina, por Dios.

D.ª Ruf. No, que es muy bueno Blasito
y este truchiman maldito...

D. Alb. Ya se entenderán los dos.

D.ª Ruf. (*Volviendo á meterse en medio.*)
Don Juan, no hay que pretender...

D. Juan. (*Con resentimiento.*)
Yo por mí nada pretendo.

D.ª Ruf. Ya los designios comprendo...

D. Blas (*Con enfado.*)
Calla la boca, muger.
Sea usted, señor, servido (*A don Juan.*)
de venir á mi aposento,
donde á solas al momento
quedará esto concluido.
Los conciertos firmaré
y buscaremos el modo
de que en paz se arregle todo.
D. Juan. Siempre, señor, lo esperé.
(*Vanse los dos por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXIII.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

D.ª Ruf. (*Inquieta.*)
Todito se va á embrollar.
A ver lo que tratan voy,
porque temiéndome estoy...
D. Alb. (*Conteniéndola.*)
Déjalos, Rufina, hablar.
D.ª Ruf. ¿No conoces...
D. Alb. Ten prudencia.
D.ª Ruf. ¡Jesus! por mi gusto entrara
y á ese tenderillo echara...
D. Alb. Rufina... ¡Por Dios... ¡Paciencia!
D.ª Ruf. (*Reparando en Ana.*)
Ana..., ¿y con tal flema estás...?
¿Los lacayos han venido?
Ana. ¡Si há un instante que se han ido!
D.ª Ruf. ¿Por qué á buscarlos no vas?
Yo no sé por qué estuviste
en echarlos tan ligera,
pues esta es la vez primera
que puntual obedeciste.
¿Y la niña?
Ana. Adentro está
llorando.
D.ª Ruf. ¡Llanto bien tonto!
Anda á decirla que pronto
se consuele y venga acá.
(*Vase Ana por la izquierda.*)

ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA.

D.ª Ruf. ¿Por qué estás tú tan callado?
D. Alb. Porque siento la aspereza
que con tanta ligereza
con Blas habemos usado.
D.ª Ruf. Déjalo á mi cargo todo;
un bobalicon es él,
y yo de tornar en miel
el acibar tendré modo.
D. Alb. Mucho fio en tu talento,
¿pero qué...
D.ª Ruf. Lo que has de hacer
es irte, hermano, á poner
tu uniforme en el momento.
D. Alb. (*Admirado.*)
¡Rufina!
D.ª Ruf. Sin duda, sí.
D. Alb. Muger... ¿tú no consideras...
D.ª Ruf. Haz, Alberto, lo que quieras,
pero me parece á mí...

ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA *y* DOÑA PAQUITA *por la izquierda.*

D.ª Paq. ¿Es cierto, es cierto, mamá,
lo que Ana me ha dicho...?
D.ª Ruf. Es
muy cierto. Alégrate, pues.
Nuestra suerte fija está.
D.ª Paq. ¡Ay...! ¡Si yo á aquel desgraciado
pudiera...
D.ª Ruf. ¡Niña...! ¿Qué dices?
Calla y no me encolerices.
D.ª Paq. ¡Infeliz...!!!
D.ª Ruf. (*Irritada.*) ¿Pues qué has pensado...?
¿A qué es ese desconsuelo...?
¿Quién mayor tontera vió?

D.ª Paq. (*Llorando.*)
¡Ay...! ¡Qué feliz fuera yo
si mi tio... ¡Santo cielo!
D.ª Ruf. No me apures. Puedes ya
mostrarte alegre.
D.ª Paq. ¡Ay de mí!
D.ª Ruf. Si tu tio te ve asi,
di, bestia, ¿qué pensará?
D.ª Paq. Déjeme usted, que en mi alcoba...
D.ª Ruf. ¿Qué es lo que dices, Paquita?
Aqui conmigo. Y me irrita
ver esa pena tan boba.
Aqui, y contenta has de estar.
D.ª Paq. Yo, mamá, no sé fingir.
D.ª Ruf. Si no te veo reir,
los bofes te he de sacar.

ESCENA XXVI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha.*

Pascual. Aqui está otra vez, señores,
aquel honrado vejete.
D. Alb. (*Admirado.*)
¡Otra vez don Simeon!
D.ª Ruf. ¿Y el infame qué pretende?
Que suba al punto, y verá
cómo le casco las nueces.
¡Picaron...! Dile que venga.
Pascual. (*Mirando á la puerta.*)
No es menester, que ya viene.

ESCENA XXVII.

LOS MISMOS. DON SIMEON.

D. Sim. (*Haciendo muchas reverencias.*)
Despues de haber dado gracias
al Señor Omnipotente
porque ha preservado á usías
de una deplorable suerte,
vengo á darles muy rendido

los mayores parabienes,
y á que mi señor don Blas
por su siervo reverente
me tenga y me reconozca,
y en su gracia me conserve.

D.ª Ruf. Que habla usted muy de otro modo
que hace un rato, me parece.

D. Sim. Siempre he respetado á usías
y á su clase cual se debe.
Si una noticia inexacta
pudo repentinamente...,
jamas eran mis intentos...

ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DON MIGUEL, *por la derecha.*

D. Mig. (*Despechado.*)
Maldita sea mi suerte,
maldita mil veces sea,
y maldito cien mil veces
el que inventó la baraja.

D.ª Ruf. (*Muy solícita.*)
¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?

D. Mig. Un dineral he perdido.

D. Alb. ¿Mas... ¿lo has perdido, ó lo debes?

D. Mig. Lo debo. Y es á persona
á quien faltar no se puede,
porque es capaz...

D.ª Ruf. No te importe,
que hay recursos suficientes.

D. Mig. Ese Blas, ese perdido
de todo la culpa tiene.

D.ª Ruf. (*Muy apurada.*)
Calla, Miguelito, calla.

D. Mig. ¿Qué he de callar?

D. Alb. Nos conviene.

D. Mig. (*Sin escuchar á nadie.*)
¿Se ha marchado ya de casa?
Los demonios se le lleven.
Hablando de su aventura,
me distraje, cuatro veces

equivoqué una judía...
Le mato si llego á verle.

D.ª Ruf. Calla, Miguel.

D. Alb. Tú no sabes...

D. Mig. De una oreja al punto...

D. Alb. (*Con viveza.*) Advierte
que coserva sus tesoros.

D. Mig. ¿Qué me dices?

D. Alb. Sí; contente.

D.ª Ruf. Cien mil duros tiene en Cádiz,
lo demas está corriente,
y arreglando está en su cuarto...

D. Mig. (*Suspenso.*)
¿De veras? ¿Mas cómo puede
ser esto?

D. Alb. Ya lo sabrás.

D.ª Ruf. Sosiégate y está alegre,
pues todos nuestros afanes
pronto, Miguel, van á verse
cumplidos.

D. Mig. ¿Pero... ¡Rufina!

D. Sim. Don Blas, como muy prudente,
aseguró sus tesoros...

D. Alb. (*Mirando á la puerta del fondo.*)
Callad, callad, que aqui viene.

ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. DON JUAN.

D.ª Ruf. (*Yendo hácia don Blas con muestras de cariño.*)
¿Dejas ya todo arreglado,
Blasito, como conviene?
Pues un abrazo he de darte,
que este chasco lo merece.

(*Va á abrazar á don Blas, y él la contiene, pero ella disimulando continúa:*)
La mejor casa de campo
que en los contornos se encuentre,
voy á buscar al momento
para que...

D. Blas. No te molestes.
Te lo agradezco, Rufina.
Mi plan es ya diferente.
(*Queda sumergido en profunda meditacion.*)

D. Alb. (*Turbado.*)
Si en la ciudad con nosotros,
hermano, quedarte quieres...

D. Mig. (*Acercándose á don Blas.*)
Muy bien nos has embromado.

D. Sim. (*Haciendo cortesías á don Blas.*)
Yo, señor, vengo á ofrecerme...

D.ª Ruf. (*Meneando á don Blas.*)
Mira... Blasito... Responde.

Ana. (*Aparte.*)
¡Qué poca vergüenza tienen!

D. Blas. (*Vuelve en sí, da un suspiro, y dice con resolucion:*)
Me decido... Es necesario.
Ruego que todos ustedes
me escuchen por un momento:
seré compendioso y breve.
A mi salida de Lima,
juzgando que mis parientes
eran lo que mi cariño
apetecia que fuesen,
pensé repartir entre ellos
mis riquezas y mis bienes,
reservando aquello poco
que juzgara suficiente
para pasar en retiro
dulce quietud, vida alegre;
y para que en todo caso
mis deseos se cumpliesen
estendí mi testamento
mandándolo asi. (*Saca un papel del bolsillo.*)
Y es este.
En navegacion tan larga
era mi consuelo siempre
pensar las caricias dulces
de que colmado iba á verme
al llegar á una familia
que mil recuerdos me debe,

pensando que á mí, á mí solo,
rico, ó pobre, ó como fuese,
aquel amor conservaba
que sangre ó costumbre encienden,
y por el cual, yo lo juro,
diera cuanto darse puede.
Al ver que de bajo estado
habian subido mis gentes
á los títulos y honores,
que justo premio ser deben
de méritos y virtudes,
soñaba yo neciamente
que con ellos y con ellas
los habian logrado; y este
pensamiento difundia
en mi pecho mil deleites.
Cuando al término llegaba
de mis soñados placeres,
casi á la vista de Cádiz,
unos piratas aleves
abordaron mi fragata
y me robaron los bienes;
y aunque, estando asegurados,
nada perdí, los crueles
momentos del abordage,
los peligros inminentes
de la terrible sorpresa,
y el ver cercana la muerte,
ni yo aqui puedo pintarlos,
ni es posible encarecerse;
porque en tan duros momentos,
aunque el oro se conserve,
se piensa solo en la vida,
se olvidan los intereses.
Llego á Cádiz; mis asuntos
arreglo en momentos breves,
al seno de mi familia
venir anhelando siempre,
y á un amigo verdadero,
que tal nombre le compete,
descubrí los planes mios
y anheloso preguntéle

qué concepto mis hermanos
disfrutaban. Muchas veces
se lo pregunté; y negóse
reservado á responderme.
Importunéle de nuevo,
le conjuré me dijese
la verdad; pero él tan solo
me respondió, cual prudente,
consulta con otros, Blas.
Yo no sé qué responderte.
Harto me dijo mi amigo
para en confusion ponerme.
Indago, inquiero, pregunto,
busco medios diferentes
de saber lo que anhelaba.
¿Y qué me dijeron? Pueden,
pueden muy bien conocerlo,
sin que yo lo diga, ustedes.

D.ª Ruf. Si tú crédito no dieras
á embrollones mequetrefes
que solo...

D. Blas. (*Indignado.*) Basta, Rufina.
¡Ojalá mentiras fuesen
los informes que me dieron!
Mas feliz fuera mi suerte.
Pero... mi esperiencia propia
¿de qué modo se desmiente?
Hallando que era buen medio
la pérdida de mis bienes,
con que hacer una esperiencia,
para mí costosa siempre,
vine á buscaros cual pobre.
¿Y qué encontré...? -- Respondedme.
¿Qué encontré...? -- Ya basta, ingratos.
Tanto vales cuanto tienes
es vuestra máxima infame.
¿No os confunde solo el verme?

D.ª Ruf. (*Con mucha humildad.*)
Blasito, pero hazte cargo...

D. Blas. ¿Aun á respirar te atreves?
Ya son otros mis designios.
(*Rompe el testamento que tiene en la mano.*)

Esto solo, esto merece
vuestra insensatez y orgullo.
No reparto yo mis bienes
con ociosos mentecatos,
que virtud ninguna tienen.
De esos títulos y honores
que á tal punto os envanecen
y que en vuestras viles almas
consiguen tanto ascendiente
que los sublimes afectos
de naturaleza vencen;
de esos títulos y honores,
que en vez de inspirar á ustedes
honor y nobles virtudes,
les sirven tan solamente
de estímulo á nuevas trampas,
y á otros vicios y sandeces,
sacad, sacad todo el fruto,
y mis tesoros se queden
para ser con mi cariño
premio de quien los merece.
Paca, cincuenta mil duros
para dote prontos tienes,
(*Saca del bolsillo la cajita del collar de perlas que le dió doña Paquita en la escena XIII de este acto.*)
con este collar de perlas,
que mi gratitud te vuelve.

D.ª Paq. (*Sorprendida.*)
¡Tio!

D. Blas. Sí, sobrina amada. -- (*Abrazándola.*)
Y tu esposo será este.
(*Toma á don Juan del brazo y lo pone junto á doña Paquita.*)

D. Juan. ¡Señor!

D. Blas. Nada hay que decirme.
(*A don Juan.*)
Muy bien vuestro padre puede
su salud recobrar luego,
sin que mas en quiebras piense.

D.ª Paq. ¡Tio!!!

D. Juan. (*Queriéndose arrojar á los pies de don Blas.*)
Permitid...

D. Blas. (*Conteniéndoles.*) ¿Qué haceis?
Vuestro amor tan solamente
exijo por recompensa;
mi cariño otro no quiere.

D.ª Ruf. (*Dudosa.*)
¿Y de veras has hablado?

D. Blas. ¿Pues aun dudándolo estás?

D.ª Ruf. ¿Con que asi nos dejas, Blas?
¡Por cierto que te has portado!

D. Blas. Me admiro de tu imprudencia.
¡Estraña es tu condicion!

D.ª Ruf. (*Furiosa.*)
¿Con que nos dejas, bribon,
á la luna de Valencia?

(*Se retira á sentarse en una silla con muestras de gran despecho.*)

D. Alb. Pero yo, Blas...

D. Blas. Anda, Alberto.
Eres mejor que Rufina,
mas como ella te domina
no hay que pensar en concierto.
(*Se retira don Alberto confundido.*)

D. Sim. Muy discreto andais, señor,
y quien es tan sabio y justo
no recibirá disgusto
en darme amparo y favor. (*Saca el recibo.*)
Aqui tengo este recibo...

D. Blas. ¿A verlo?

D. Sim. (*Dale el recibo.*)
Tomadle pues,
y conocereis que es
en estremo ejecutivo.

D. Blas. (*Rompe el recibo.*)
Ya está visto, y esto hago.

D. Sim. (*Desesperado.*)
¿Cómo...? ¿Por vida de tal...!
¡Y que yo, necio, animal,
le soltara!

D. Blas. Al punto el pago
de tres mil reales tendreis,
que es lo que prestasteis hoy;
y agradeced que no doy

el paso que mereceis.

D. Sim. Yo, señor, dí mi dinero
de buena fé, y no es razon...

D. Blas. ¿Quereis luego á una prision
ir por infame usurero?

D. Sim. (*Amedrentado.*)
Si mis tres mil veo yo...

D. Blas. (*Dándole un papel envuelto.*)
Ahí van en oro; y os ruego
que os ausenteis luego, luego.

D. Sim. (*Aparte despues de reconocer el papel.*)
En fin, nada se perdió.
(*Vase con gran priesa.*)

ESCENA XXX.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

D.ª Paq. (*Con mucha ternura.*)
Tio, señor...

D. Blas. ¿Qué, hija mia?
¿No estás con tu esposo ya?

D.ª Paq. ¡Ay! en vuestra mano está
el completar este dia.
¡Mi pobre madre, señor...!
¡Por mi madre...

D. Blas. Si en un año
enmienda su orgullo estraño
se ablandará mi rigor.

D.ª Ruf. (*Levantándose furiosa de la silla.*)
No quiero deberte á tí
nada, ni á esa bachillera.
Si para casarse espera
mi licencia la doy; sí.
Tan tonta es, tan incapaz
que nunca será señora.
Cásese, pues, en buen hora,
con tal que me deje en paz.
(*Con gran altanería.*)
Alberto, somos señores.
A esta gentuza dejemos,

que nosotros sacaremos
el fruto á nuestros honores.
Tú, Miguel, ¿por qué te abates?
Siempre tu Rufina soy,
y hoy mismo, si quieres, hoy...

D. Mig. (*Con despego.*)
No digas mas disparates.

D.ª Ruf. ¿Con que...

D. Mig. ¡Calla!
(*Acercándose á don Blas con un aire muy humano.*)
Blas, de mí
no tendrás queja fundada,
pues no me he metido en nada.

D. Blas. (*Recordando.*)
¡Ah! se me olvidaba..., sí.
(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y se lo da.*)
El capitan general,
por esta orden, al momento
manda que á su regimiento
vaya el señor oficial.
Sabiendo yo tu valor,
en Cádiz se la he pedido,
pues sin su tropa aburrido
está un militar de honor.

D. Mig. (*Lee el pliego, y muy alterado dice:*)
No sé cómo me contengo,
no sé cómo á bofetones,
á palos y á puntillones
de esta ofensa no me vengo.
Maldita la hora menguada
en que saliste de Lima.
¿Que esto nos suceda, prima...?
Si meto mano á la espada...

D.ª Ruf. (*Conteniéndole.*)
No te pierdas, Miguel, no.
(*Con gran altanería.*)
Blas, Paca, don Juan, tunantes,
marchad de esta casa, antes
que de ella os arroje yo.

D. Alb. Rufina, déjalos; calla.

D.ª Ruf. ¿Cómo! Yo en mi casa mando.
Lucifer me está llevando.

Marchad, plebeya canalla.
(*Vase por la izquierda, y detras de ella don Alberto y don Miguel, todos con muestras de gran despecho.*)

ESCENA XXXI Y ÚLTIMA.

DON BLAS. DON JUAN. DOÑA PAQUITA. ANA. PASCUAL.

D. Blas. (*Mirándola con lástima.*)
¡Dios te perdone, Rufina!—
Vámonos. Mientras tu boda
se concluye y acomoda,
vente conmigo, sobrina.
D. Juan. Señor, en mi casa...
D. Blas. No.
No fuera decente...
D. Juan. Bien.
Ana. ¡Ay señorita! Tambien
con usted me quiero ir yo.
D.ª Paq. Con mucho gusto.
Pascual. Y yo ¡digo!
¿irme con usted no puedo?
Porque en casa no me quedo.
D. Blas. Pascual, te vendrás conmigo.
Ana. (*A Pascual.*)
¿Con que tú tambien te vienes?
Pascual. Sí, y queda finalizada
la comedia titulada
Tanto vales cuanto tienes.
Ana. Pero antes pide rendido
solo un recuerdo y no mas...,
y aun pide mucho quizás
un ingenio perseguido.

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 117464666